

Sergio

GAUT *vel* **HARTMAN**

DE MUERTE NATURAL



ISSN: 1696-6538

Eridano

Suplemento nº 4 de Alfa Eridiani

DE MUERTE NATURAL

Sergio Gaut Vel Hartman

Selección: Sergio Gaut Vel Hartman.

Asesoría Técnica: José Joaquín Ramos de Francisco.

Portadista: Sergio Bayona Pérez.

Ilustrador: Carlos Alberto Sánchez

Aviso Legal Importante:

Los contenidos del presente suplemento, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en ERÍDANO. No obstante, los derechos sobre el conjunto de ERÍDANO y su logo son © del equipo editorial.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de ERÍDANO.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir este suplemento siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite se hace en el contexto de la obra escrita que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ÍNDICE:

PRÓLOGO/ 1

DE MUERTE NATURAL/ 2

EL ÚLTIMO OREJÓN DEL TARRO/ 9

LA PRÓXIMA INVASIÓN/ 13

LAPSO DE REFLEXIÓN/ 26

LAS CHINAS/ 29

RECETA: HOMBRE FRITO/ 36

EXPEDIENTE DE UNO QUE NO EXISTE/ 40

TAN LEJOS DE CASA/ 47

ÚLTIMO RECURSO / 66

Erídano

Suplemento de Alfa Erídiani

Nº 4



PRÓLOGO

Estimados amigos:
Hoy publicamos un especial dedicado a **Sergio Gaut vel Hartman** (1.947). **Sergio** comenzó a publicar en los años 70, en la revista *Nueva Dimensión*. Durante los 80 se convirtió en una persona muy diligente dentro del fándom argentino impulsando las actividades de los aficionados y editando revistas como *Sinergia* y *Parsec*. Paralelamente ha desarrollado una obra escrita sustentada en decenas de cuentos publicados en los medios más diversos, tanto en las revistas de su país como del exterior, desde los Estados Unidos hasta Japón... Entre esos trabajos se destacan los relatos de la serie de los *cuerpos descartables*, en torno a distintas situaciones relacionadas con la transferencia de seres humanos de un cuerpo deteriorado a uno sano; algunos de estos cuentos fueron reunidos en un volumen que lleva el nombre de la serie. No obstante, esta vertiente dramática de su producción tiene una contracara satírica y burlona. A esa rama pertenecen los relatos que ahora les presentamos.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



DE MUERTE NATURAL

De todas las malas noticias posibles que se pueden recibir un lunes, a las ocho de la mañana, mientras se intenta desprender la resaca dominical de los infinitos problemas de una Universidad quebrada y sin futuro, la que traía Elba Trazio, mi secretaria privada y consejera —edad indefinida entre los sesenta y los ochenta— era sin lugar a dudas la peor posible.

—¿Cómo, murió? ¿Así? ¿Murió? ¿Como se muere cualquier mortal?

Elba se encogió de hombros. —Está muerto; duro como una piedra. Me animé a tocarlo.

La muerte puede llegar como un alivio, otras veces como el cumplimiento de una Regla Superior, que debe ser aceptada y disfrutada, por lo que no es inadecuado llamarla «la Señora del gran Poder». Puede ser una bendición o una maldición. Pero jamás arrasa con todo, ya que no por omnipotente es menos previsible. Mientras tales pensamientos discurrían por mi mente, Elba se sostenía sobre uno y otro pie, tal vez porque deseaba orinar y no se atrevía a decirlo, tal vez porque todavía no me había arrojado, como un espumarajo, la peor parte de la noticia.

—Siga, entonces. ¿Qué más?

—Se está empezando a descascarar.

—¿Descascarar? ¿Qué quiere decir?

—Eso mismo: se está empezando a descascarar, como si estuviera hecho de hojaldre.

Insisto: lunes a las ocho de la mañana; la otrora orgullosa Universidad de Estudios Avanzados en su nivel más bajo de matrícula y credibilidad; dos litros de escocés circulando por mi sangre —sin registro de conductor— produciendo sus efectos y la oportunidad más brillante de la historia derritiéndose como un helado de vainilla y chocolate al sol, en el Ecuador, al mediodía.

Erídano

Suplemento de Alfa Erídiani

Nº 4



—¡Maldición! —Sólo quedaba agradecer la suerte de que no ser torturado por terroristas afganos. La tortura consistiría en obligar a Elba a desnudarse en mi presencia.

—¿Qué hacemos? —dijo Elba, con su eficiencia característica.

—¿Están seguros de que está muerto?

—Por completo. El doctor Viktorsen hizo todas las comprobaciones.

—¿Qué significa *todas las comprobaciones*?

—Lo de siempre: pulso, corazón, pupilas.

—No es un ser humano, Elba, no es de este planeta, ¿entiende? Lo que puede ser muerto para nosotros puede no serlo para ellos.

—Discúlpeme, señor. Muerto es muerto.

—Pero se está descascarando, usted lo dijo. Eso no es lo normal.

—Luce como algo absurdo y anormal, además de resultar inexplicable, pero es lo que está sucediendo. Finas capas que se desprenden unas de otras, como hojas que parecen pegadas y uno sopla y son dos y uno sopla y otra vez son dos, y vuelve a soplar...

—Deje de soplar, Elba, y dígame qué vamos a hacer ahora.

—Vine para que usted nos diga qué vamos a hacer ahora, señor.

—¿No se le ocurre nada?

Elba se rascó la frente, para dar impresión de que pensaba y soltó la frase más imbécil que escuché en toda mi vida.

—Podemos hacer un velorio, un decoroso funeral y un entierro como Dios manda.

—¡Elba! ¿Cómo se le ocurre tal cosa? ¡Es un extraterrestre! La Universidad de Estudios Avanzados logró establecer el primer contacto del tercer tipo de la historia; teníamos a un soberbio ejemplar oriundo del quinto mundo de Sirio, un verdadero quintiriano, adecuado para elevar a nuestra casa de estudios al séptimo cielo y el tipo viene y se nos muere como un vulgar canario jaulero. ¿Eso es lo único que puede decir?

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—No es lo único —dijo Elba, imaginando que la siguiente observación sería ponderada por su agudeza y profundidad—. Primer contacto del tercer tipo con uno del quinto planeta de Sirio que nos hubiera llevado directo al séptimo cielo... —Se tapó la boca y emitió una risa lóbrega como el hoyo que conduce al Infierno.

—¡Maldición! No está ayudando, Elba. ¿No se preguntó en qué creía el siriano? ¡Un poco de respeto para su condición de extraterrestre! ¿Qué la induce a pensar que un velorio, un decoroso funeral y un entierro como Dios manda son las aspiraciones de un siriano muerto? ¿Lo velamos hasta que se nos deshaga como un mil hojas? ¿Celebramos una misa? ¿Rezamos el Kol Nidrei? ¿Lo incineramos en una pira y enviamos las cenizas al espacio? No sabe de qué está hablando.

Elba bajó la cabeza. Una cascada de canas grises le cubrió el rostro. Una cascada de lágrimas azules le arrasó los ojos. Tardó varios minutos en reponerse. Mi diatriba la había herido tan profundamente que no tuve más remedio que acercarme y abrazarla. No sin cierta repugnancia le acomodé el cabello y le enjuagué las lágrimas con el pañuelo de lino que me legó mi santa madre antes de partir.

—Mi hermano tiene una empresa de pompas fúnebres y un cementerio privado —dijo Elba sin dejar de sollozar—. Él se puede ocupar del tema y tal vez hasta nos proporcione algunas ideas prácticas para resolver la parte escabrosa de esta operación.

—¿Puede ocuparse del... servicio? —pregunté. Pocas cosas me podían hacer feliz en ese momento; ni siquiera había evaluado el nivel de la pérdida que implicaba la desaparición del extraterrestre, pero sacarme de encima el funeral era equivalente a ganar la lotería. Reaccioné a tiempo—. ¡No! Lo último que deseo es eso. Tenemos que estudiarlo, y para eso debemos conservarlo, embalsamarlo, no sé cómo detendremos ese proceso que acaba de presentarse, el deshojamiento, pero algo haremos. Llame a Pergament, a Edding, a Maxell, a Cabezón García...

—¿Quiénes son esos?

—No sé; son nombres que se me acaban de ocurrir; búsquelos en la guía; alguno de ellos podría ser exobiólogo, taxidermista, brujo. Dispare mientras tenga balas y, con suerte, hará algún blanco. Ahora, si no dispara...

—Fui reprobada en tiro con carabina; pero manejo bien el florete. —Una luz prístina iluminó los ojos límpidos de Elba.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—No queremos ensartar a nadie, Elba; queremos conseguir un especialista para preservar al extraterrestre de Sirio que nos ha caído del cielo. La Historia sostiene la puerta abierta para que pasemos, pero si vacilamos es probable que la cierre y demos de narices contra ella. Estas oportunidades se presentan una sola vez en la vida.

Elba se largó a llorar de nuevo. Su incontinenencia lacrimal parecía profetizar futuras e inmediatas incontinenencias. Le di dos palmaditas en la espalda y la despaché rumbo a lo desconocido. A continuación extraje del último cajón del escritorio un cofre guarnecido con madrepora y conchas de bivalvos y de él saqué el código secreto de la Secretaría de Asuntos Estrambóticos. *Para usar cuando todo lo demás haya fallado.*

El agente de la Secretaría era un tipo nervioso que parecía sentir desdén o hasta un oculto desprecio hacia los gorilas que lo acompañaban. Éstos, los gorilas, iban afeitados, con el cabello cortado al ras y usaban trajes de buen corte, aunque los lucían como pueden hacerlo boxeadores retirados. Se esforzaban por exhibir esa dureza inexpresiva, tan propia de los policías militares, mostrando una absoluta indiferencia a todo lo que no fuera proteger a su protegido. Juro que ni por un momento se me habría ocurrido amenazarlo.

—Roberto Pergament —dijo el agente de la Secretaría tendiendo la mano para que yo se la estrechara. El primer hecho estrambótico se había verificado sin mayor esfuerzo de ninguna de las partes. Pergament, por si no lo recuerdan, había sido el primer nombre de la lista propuesta a mi secretaria.

—Encantado de conocerlo —dije sin sonreír. ¿Está al tanto de lo que nos ocurre?

—No —dijo Pergament. Observó a los gorilas como si los viera por primera vez. Ellos, y no la criatura de Sirio, tenían el aspecto que uno asigna a un ser extraterrestre, con sus viejos músculos transformados en una masa adiposa y las cicatrices de antiguas peleas como señales de que la situación los fastidiaba mortalmente. No parecían interesados en lo que yo pudiera decir o hacer.

Conduje a los presentes a través de los pasillos hasta la morgue que habíamos improvisado. El frío se había revelado como un sistema inútil para detener el proceso de descascarillado del cadáver del extraterrestre, pero no podíamos tenerlo sumergido en la piscina del campus. Por entonces yo estaba tan preocupado que me sentía capaz de venderlo al mejor postor, fuera a una potencia extranjera o a una fábrica de chacinados. Incapaz de encontrar

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



algún sentido a lo que había sucedido, empecé a preguntarme si mis sentidos funcionaban bien. La sucesión de episodios estrambóticos en los que estaba involucrado me habían obligado a crear un escudo somático; hacía eso siempre que era posible, claro. La parte visible de mi escudo somático me hacía parecer un espantapájaros.

Un extraterrestre de Sirio —dijo Pergament sin expresar ninguna emoción. Utilizó una lapicera para separar dos laminillas; toda una sección del brazo de la criatura se desprendió suavemente, como si efectivamente se tratara de una masa muy hojaldrada.

—¿Ve extraterrestres de Sirio todos los días?

—De Sirio, de vez en cuando. —Pergament se metió el dedo en la nariz y lo retiró tras ensartar una interesante masa viscosa que depositó a continuación en algún lugar del cuerpo del extraterrestre—. De 37 Gem casi todos los días.

—No exagere —dijo uno de los gorilas, de mal modo, interviniendo por primera vez. Tenía un voz aguda, parecida a la de Libertad Lamarque—; hace tres meses que no vemos a ninguno de 37 Gem.

Pergament giró sobre sí mismo y fulminó al gorila con la mirada. —Seguramente se cansaron de sus groserías e impertinencias —dijo—. Como este gorila siga molestando de este modo —agregó dirigiéndose a mí—, ningún extraterrestre querrá pisar este planeta.

—¿Quiere decir... —no sabía cómo expresarlo— que esta... visita no es algo... digamos... excepcional?

Los tres representantes de la Secretaría se doblaron sobre sí mismos y empezaron a reír a carcajadas con tanta vehemencia y tal ordinariez que imaginé que se habían vuelto locos. No se habían vuelto locos. Tras calmarse y enjugar las lágrimas con pañuelos de papel me explicaron que la Secretaría venía manejando situaciones como esa desde su misma creación.

—*Nuestra* Secretaría de Asuntos Estrambóticos es mucho más antigua que su análoga del norte, ¿entiende?

Entendía, más o menos. Pero no se lo dije. A continuación recordé las palabras de Gregor Markowitz sobre el caos y las fuerzas antagónicas. Los errores en la evaluación de lo que estaba ocurriendo implicaba que no había forma de predecir lo que ocurriría a continuación. ¿Qué haremos?, pensé.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



Pergament parecía estar leyendo mi mente, porque dijo: —No hay forma de comprender y controlar los sistemas. Si fuera así seríamos capaces de ganar dinero en la Bolsa de Valores o de anticipar la conducta de las hormigas. No sea reduccionista, por favor. Este no es un tema sobre el que se pueda hacer algo.

—¿Entonces... para qué vino? —Había alcanzado un grado superior de desconcierto e impotencia—. No tengo nada que enseñarle sobre extraterrestres, le importa un bledo que mi criatura del quinto planeta de Sirio se desmenuce como una torta de cacao, me escupe una perorata sobre sistemas entrópicos... —A medida que desgranaba mi discurso iba acumulando dedos sobre la cara de Pergament, sólo me faltaban un par de argumentos para completar la mano y cerrarla, convirtiéndola en puño listo para descargarse con toda su fuerza sobre la mandíbula del farsante agente de la Secretaría. Pero Pergament me detuvo hábilmente.

—El extraterrestre no está muerto —dijo.

—No está muerto —repetí, como un imbécil.

—No. —Los gorilas contuvieron la risa—. Este proceso se halla ampliamente estudiado en el tomo III de las *Conjeturas Preliminares de la Fase de Exfoliación de los Quintirianos*. Estas tendencias de la especie, ya puestas de manifiesto en el tomo I y en el II continuarán en el IV, evolucionando hacia formas menos toscas, por lo que podría plantearse la posibilidad de omitir ciertos datos ofensivos para las religiones más primitivas de nuestro planeta, como los mitrianos y los baalitas.

—Pásemelo en limpio. El extraterrestre no está muerto, de acuerdo; parece muerto, de acuerdo. ¿Para qué me haría algo así? Hasta el momento se había mostrado amistoso.

—Precisamente por eso —dijo Pergament con un bufido—. Esta expresión es más que amistosa. Se trata de una etapa del cortejo nupcial. La criatura expresa su deseo de aparearse, para lo cual se coloca a sí misma en la posición más vulnerable que puede concebir, muy cercana a la muerte.

—¿Aparearse? ¿Conmigo? —Mi voz había subido una octava con cada pregunta. Estaba tan cerca del agudo máximo que pronto sólo me oirían los perros.

—No, hombre, no con usted. —Pergament removi6 con una varilla un 6rgano oculto entre varios pliegues de tejido, aproximadamente en el sitio en el

Erídano

Suplemento de Alfa Erídiani

Nº 4



que se encuentra el esternón en los seres humanos. —Como puede apreciar el siriano es macho. El objeto de sus desvelos, aunque en este caso de desvelado no tiene nada, es su bella secretaria, la señorita Elba.

—Fue mi turno de doblarme y reír. Tardé cinco minutos en calmarme.

—La señorita Elba es virgen —dije finalmente. Era un comentario inadecuado, pero salió sin proponérmelo.

—Eso es lo que sedujo al quintiriano. A estos extraterrestres les gustan vírgenes. Y como habrá imaginado, el aspecto exterior de su secretaria, todas esas arrugas batidas sobre sí mismas como pliegues mesozoicos, esas sequedades y asimetrías, esas purulencias eczemáticas, esas fetideces, esos temblores son lo más cercano a lo que ostentaría una campeona de belleza en su mundo patrio. Discúlpeme. —Pergament hurgó en el cuerpo del extraterrestre hasta dar con la mucosidad que había plantado en el cuerpo unos minutos antes—. ¿Se da cuenta?

—No. ¿Qué ocurre?

Exhibió una réplica de la criatura, pero de apenas tres centímetros de largo, un perfecto modelo en escala del siriano original. —Reproducción xerogenética. Usted pone cualquier trozo de materia en contacto con el cuerpo del quintiriano y éste fabrica una copia de sí mismo, hasta el más mínimo detalle, en unos pocos minutos. Pero este proceso no se verifica en todos los casos, sino solamente en la época de celo. Dicho con un lenguaje pedestre, el bicho está caliente. —Pergament me palmeó la espalda con afecto—. Usted es un hombre afortunado, profesor. En cuanto el siriano le ponga las manos encima a su fiel señorita Elba la convertirá en una reproductora digna de la Exposición Rural. ¿Me haría el favor de llamarla para acelerar el proceso de reanimación?



EL ÚLTIMO OREJÓN DEL TARRO

¿C onocen el significado preciso de la expresión *el último orejón de tarro*? ¿Sí o no? Yo fui *el último orejón de tarro* de la primera nave interestelar de la historia, así como lo leen. La *Enterprise*, ¡qué originales! El objetivo era explorar el sistema de Alfa Centauro y entablar relaciones amistosas con los habitantes de alguno de los planetas.

No los voy a aburrir con detalles del viaje y tampoco me extenderé en los deliciosos pormenores de la convivencia de novecientos noventa y tres humanos en una lata de sardinas durante diez años. Una lata de sardinas grande, pero lata de sardinas al fin. No me pregunten por qué éramos novecientos noventa y tres. Seguramente se trata de una cifra emblemática o cabalística. No se olviden que yo era *el último orejón de tarro* y estaba a años luz de entender las razones de los xenobiólogos y xenoantropólogos que deambulaban por los pasillos sin demasiada tarea por hacer.

Así que me salteo el viaje y comienzo el relato en el momento en que hicimos pie en el cuarto planeta del sistema de Centauro. Un planeta interesante, sin lugar a dudas, con mares y montañas, nubes, tormentas, terremotos, aunque yo no soy la persona más adecuada para describirlo, claro. Estaba tan en sintonía con nuestro propio mundo que los jefes de la expedición, en otro alarde de originalidad, lo bautizaron *Tierra Dos*.

También había habitantes, indígenas. Algo así como indios de Marte. Los especialistas clasificaron a la especie humanoide dominante como E3, dos puntos por debajo de nuestros antepasados que pintaron las cuevas de Altamira. Nosotros somos E15, la categoría máxima. Si en el universo existiera una especie E16, nos habrían hecho una visita en la Tierra, ¿no creen?

Pero esta no es la cuestión. La cuestión es que el principal objetivo de la expedición no podía cumplirse porque los naturales de Tierra Dos, lejos de sentirse impresionados por nuestro despliegue tecnológico, desde la imponente *Enterprise* hasta cualquiera de los diez mil artefactos que habíamos desembarcado, hicieron gala, desde el primer momento, de la más absoluta indiferencia a nuestra aparición. Así como lo leen: no nos prestaban atención, a nosotros, los viajeros del espacio, los dioses de las estrellas...

Los especialistas se quemaron las pestañas buscando una explicación. No nos veían, éramos invisibles para ellos. A su turno, todos los científicos

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



ensayaron sus métodos. Los sociólogos crearon sus escenarios y los abandonaron confundidos; los psicólogos desplegaron sus test y terminaron desquiciados; los xenoantropólogos probaron sus formas y renunciaron, aturridos. Nadie daba en la tecla. Los nativos, imperturbables, seguían con sus quehaceres cotidianos, las rutinas que seguramente venían cumpliendo siglo tras siglo, sin dignarse a dirigirnos una mirada, no ya de curiosidad, ni siquiera de fastidio.

¿Saben jugar al ajedrez? Estábamos en la endemoniada posición de ahogado. El rey está inmóvil, pero no puede recibir jaque mate.

El comandante Bernard Hanison, convocó a los jefes de departamento para que aportaran ideas tendientes a destrabar la situación. Durante siete largas horas asistí, como jefe y único subordinado de mi departamento, a las deliberaciones, discusiones y rabietas más bizarras a las que haya tenido acceso en mis cincuenta y cinco años de vida. Se propuso matarlos a todos (así como se lee), retirarnos con el rabo entre las piernas, encerrarlos en jaulas de bambú y someterlos a diversos tipos de tortura física y mental... Esos éramos los exploradores interestelares clasificados como E15...

Por supuesto, el comandante Hanison, hombre sabio y equilibrado, rechazó todas las ponencias disparatadas y siguió urgiendo a sus subordinados para que aportaran elementos utilizables. En un momento ciego de la discusión, mientras la psicóloga jefe, la adorable Sylvie Roynet, yacía quebrada en su butaca, presa del mayor ataque de histeria que pueda imaginarse y el doctor Karl-Heinz Schulze, premio Nobel de Medicina Robótica 2067 zamarreaba sin delicadeza al pobre profesor Akira Kobayashi como si fuese un muñeco de trapo, el comandante clavó en mi sus ojos azules y en un mal español, ya que conocía perfectamente a cada uno de los miembros de su tripulación y sabía de mi nulidad con el inglés, dijo:

—Cocinero: ¿tiene alguna idea?

Me conocía muy bien, lo dicho, pero jamás recordaba mi nombre. Sabía que yo era el cocinero principal porque mi misión, en la nave interestelar, consistía en preparar los delicados manjares que los paladares de los jefes saboreaban diariamente. Novecientos seis, de los novecientos noventa y tres tripulantes de la *Enterprise* comían los alimentos congelados que se habían almacenado en las bodegas de la nave. Había más de diez millones de raciones. Pero el comandante Hanison, y su adjunto, el voluminoso islandés Jon Sveinsson, y el científico jefe, Josef Hlousek, y otras siete docenas de dirigentes jamás comían esa bazofia. Por eso, aunque no conocía mi nombre, el comandante, agotadas otras instancias, me proponía intervenir en el debate.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



¿Tenía yo alguna idea? La tenía. Pero aunque estaba seguro de que se trataba de una solución brillante, me resistía a exponerla y más aún me resistía a sobrellevar las consecuencias de su puesta en práctica. ¿Valía el precio que debería pagar? Por un momento me sentí Dios: en mis manos estaba el destino de la expedición más ambiciosa que la especie humana hubiera emprendido en seis mil años de historia. Decidí ganar tiempo mientras tomaba la decisión de desplegar o no mi plan.

—¿Han sido censados los nativos? —dije.

—¿Eso que tiene que ver? —estalló la jefa del área operativa quien tenía a su cargo el control del villorrio más cercano al lugar que se había posado la nave. María de las Mercedes Fernández y Figueras era una mujer de mal genio y casi siempre objetaba mis mejores creaciones. Pero el comandante Hanison la detuvo alzando un dedo y al mismo tiempo señaló al jefe demógrafo, el imperturbable bosnio Milan Smerkovitsh.

—¿Han sido censados los nativos?

—En efecto, señor. Hay dos mil trescientos setenta y seis en la aldea denominada A-1. No se han producido nacimientos desde nuestra llegada y han habido tres defunciones.

—Eso no importa. ¿Le sirve la cifra, cocinero? Dos mil trescientos setenta y seis.

Tragué con dificultad.

—Me sirve —murmuré.

—¿Tiene o no tiene un plan para salir del atolladero? —urgió el comandante.

—Creo que lo tengo. Pero antes de exponerlo necesito otra precisión. ¿Cuántos adultos? Descartemos infantes y ancianos, o sus equivalentes locales.

—Novecientos sesenta y dos —respondió Milan sin vacilar un segundo.

¡Maldición! Seguían siendo demasiados. Pero los rostros ansiosos que aguardaban la exposición de mi proyecto se cernían sobre mí ejerciendo una intolerable presión. Nunca había fallado, y no fallaría esta vez. No importa cuan toscos y cerrados fueran los nativos de Tierra Dos; yo los vencería con mi arma infalible. Pero dos mil ochocientas ochenta y seis empanadas era

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



una cifra abrumadora y eso contando con que los nativos se conformaran con tres por cabeza y que los tripulantes de la Enterprise aceptaran mirarlos mientras comían, sin intervenir.



LA PRÓXIMA INVASIÓN

Los extraterrestres llegaron exactamente a las once y ocho del domingo seis de abril. A pesar de estar avanzado el otoño hacía bastante calor y apenas media docena de testigos presenciaron el acontecimiento, ocurrido en la esquina de Luna y Orma (plano 36, F6, guía Lumi, edición 2013).

—¿Qué es eso? —declaró alarmada Elena Melgar, 51, ama de casa, hurtando el cuerpo a la espesa mole de baba que se precipitaba desde lo alto.

—Vaya a saber, doña —respondió Osvaldo Cruz, 47, jornalero, sin dejar de chupar el amargo cebado por Amanda, su concubina, Amanda Gorriti, 43, servicio doméstico, quien unos segundos antes había ingresado a la humilde vivienda de Luna 2179 para calentar el agua.

La baba se solidificó y dividió, formando algo vagamente parecido a muñecos de nieve. El contraste del calor y los muñecos de nieve en Luna y Orma resultaba más incongruente que la invasión extraterrestre en sí misma. Eso mismo opinó Federico López, 36, psicólogo, quien se detuvo, interrumpida su marcha por el obstáculo aludido. El psicólogo, acompañado por su pequeño hijo Aldo, 7, estudiante, venía caminando por Luna con la intención de instruir a su vástago en la pesca de ranas en el otrora prístino Riachuelo.

—¿Qué son estos muñecos de nieve? —dijo Federico deteniéndose en seco un paso antes de la colisión.

—¿Ya es Navidad? —preguntó el pequeño Aldo.

—¡Qué sé yo! —casi gritó Elena, sin poder controlar su repugnancia.

—¿Entonces, qué son, papi? dijo Aldo colgado de la bermuda de gabardina del padre con tanta fuerza que estuvo a punto de hacerlo aparecer en pelotas ante un grupo de terrestres y extraterrestres desconocidos. Federico se encogió de hombros; por el momento no estaba en condiciones de adelantar una teoría adecuada para explicar el inusual fenómeno.

—Son, forzosamente, seres de otro planeta —dijo Luján Lafayette, 61, solterón, científico aficionado. Luján había observado lo ocurrido desde su mirador ubicado en el primer piso de la vivienda de Luna 2188. Hablaba acodado en la ventana, con la mirada perdida en la inmensidad del espacio. —Han llegado a la Tierra, tras desmaterializarse en la nave nodriza y remate-

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



rializarse en este lugar. ¿Ustedes no ven Viaje a las Estrellas? Están pasando viejos capítulos, filmados el siglo pasado, en el canal Nostalgias.

Los extraterrestres parecían ser tres. Habían recorrido ciento ocho años luz en estado baboso desde un planeta que gira en torno a un sol amarillo muy parecido al nuestro. El planeta estaba a punto de sucumbir a los despropósitos de sus habitantes, por lo que el Superior había ordenado que ciento veinte equipos de exploración invadieran un radio de doscientos años luz cúbicos de espacio. La avanzada de uno de esos equipos acababa de descubrir que la Tierra era un lugar potencialmente adecuado para establecerse. Una vez efectuado tal descubrimiento no tenían intenciones de dejarse disuadir por ninguna chicana interpuesta por los aborígenes. Un concepto similar, aunque de signo contrario, se formó en la mente de Federico López tras digerir las palabras de Luján Lafayette.

—Eso me pareció en cuanto los vi —dijo—. Cruz lo observó perplejo. Podía tolerar la vanidad del científico de la cuadra, después de todo era un vecino, pero que un forastero viniera a emitir opiniones sobre lo que ocurría en Luna y Orma...

—¿Está seguro? —Osvaldo dejó la calabaza sobre el RMD (Recipiente Municipal para Desperdicios) y se cruzó delante de los López.

—Ya lo predijo el gran Nostradamus —protestó López enigmáticamente.

—¿Qué son, papi? —insistió el pequeño Aldo, consagrado a glorificar el espíritu de El Principito.

Los ojos de Lafayette se iluminaron y humedecieron.

—¡Ah, Michel de Nostradamus, Maestro! —suspiró desde su ventana—. ¡Eh, usted, forastero, sea bienvenido a mi comarca; por fin un alma gemela!

Los extraterrestres terminaron de solidificarse, ensayaron los primeros movimientos, farfullaron los primeros sonidos. Glubju-juj, hudlubu-fufú.

—¿No les dije, no les dije? —Elena Melgar cruzó los brazos sobre su rostro, como si con ese gesto pretendiera alejar los efectos del poder que emanaba de los balbuceos de los extraterrestres. Una vez más, la escena lucía ridícula. Tres hombres de nieve (o de baba solidificada, si lo prefieren) llegados desde el espacio exterior se debatían tratando infructuosamente de comunicar sus intenciones.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—Glubju-juj, hudlubu-fufú —repitieron.

—Papi, papi —insistió el niño, inquieto, ¿qué son esos?

—Hijo, ¡por el amor de Dios!, ¿será posible que permanezcas unos segundos callado? Estas honorables personas y yo estamos tratando de esclarecer temas de vital importancia para el futuro de la Humanidad.

—El forastero está en lo cierto —dijo Lafayette desde su ventana. Debemos tomar una decisión: llamar el CIPEC, a los bomberos, al Ministro del Interior...

Amanda salió en ese momento de la casilla, con la pava humeando en la mano derecha y un paquete de yerba homónima en la izquierda; se quedó de una pieza cuando vio a los extraterrestres. —¿De dónde...?

—Yo les dije, m'hijita —se quejó Elena—; es culpa de esos experimentos que hacen con aerosoles y las bombas que tiran por el agujero de ozono. El otro día, en el noticiero del canal verde...

—¡Cállese, mujer! —dijo Lafayette empezando a perder la compostura—. Estamos ante una auténtica invasión extraterrestre y usted no para de inventar sandeces, como un vulgar periodista. ¿Dije inventar? Qué van a inventar, esos; ni para inventar sirven, los periodistas.

—¡Cállese, mujer! —dijo uno de los seres de baba, el más grande, que por esa razón todos imaginaron el jefe de la pandilla llegada del espacio. —Estamos ante una auténtica invasión extraterrestre y usted no para de inventar sandeces, como un vulgar periodista. ¿Dije inventar? —El extraterrestre sonaba como un loro idiota, con su voz de esmeril y un acento ambiguo. —Qué van a inventar, esos; ni para inventar sirven, los periodistas.

—¿Oyeron lo que yo oí? —dijo el científico atónito.

—¡Papá! —aulló Aldo López con toda la fuerza de sus pulmones—. ¿Qué son éstos? Hablan como personas...

—Son indios de Marte, querido, o tal vez de Ganímedes —respondió Federico haciéndole un guiño a Lafayette—. Es un chico —se disculpó—, hay que explicarle las cosas de un modo comprensible, aún a riesgo de incurrir en ciertas inexactitudes, ¿comprende?

—¿Se dieron cuenta de que repitieron textualmente mis palabras? —Lafayette seguía sin poder dar crédito a sus sentidos; desapareció de la venta-

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



na, seguramente con la intención de participar estrechamente de los sucesos que amenazaban cambiar el curso de la Historia. Amanda aprovechó para localizar la calabaza, llenarla de agua caliente y tenderla al jefe de los invasores.

—Un amargo —dijo—. Espero que no sean de los que toman el mate dulce, aunque tratándose de extranjeros...

—Extraterrestres, mi buena señora —dijo Federico—, extraterrestres.

El hombre de baba extendió el brazo que había formado y alcanzó la calabaza. Amanda advirtió que tenía unos hermosos ojos celestes. En ese momento se oyó un estruendo, como si Luján Lafayette, en su intento de bajar la escalera a la carrera, hubiera rodado por la misma, estrellándose contra el pedestal de mármol que sostenía el helecho malayo, orgullo de Victorina, 58, hermana de Luján, de vacaciones en la casa de una prima en Charata, Chaco. Victorina no aparecerá en ningún tramo de este relato.

—¿Y las flechas, papi? No son indios; no tienen flechas. Y yo quiero ir a pescar ranas. —El pequeño Aldo empezaba a aburrirse; la promesa de su padre (la pesca de ranas en el Riachuelo) estaba a punto de pasar al olvido.

—¿Flechas? —Desconcertado, Federico revoleó los ojos. El jefe de los extraterrestres dio tres largas chupadas y le devolvió la calabaza a Amanda. Otro de los hombres de baba avanzó un paso en el arduo terreno de la comunicación entre especies.

—¿Qué saber, doña, de seres otro planeta Marte o Ganímedes? ¿Está seguro que son auténtica invasión extraterrestre? —preguntó. No era demasiado evidente, pero había formado su discurso con palabras y frases pronunciadas por los presentes, lo que ya superaba el discurso anterior, de loro idiota. Tenían buena memoria auditiva, por lo menos, los extraterrestres esos. Federico se sintió desolado: con Lafayette fuera de juego recaería sobre él, el único humano con formación universitaria, la enorme responsabilidad de salvar a la Tierra. Sin embargo, llegó una inesperada ayuda del noble Osvaldo Cruz.

—¿Por qué no les pegamos unas buenas patadas en el culo? A ver, vos —le dijo a su concubina—, no te hagas la Madre Teresa, ¿o me vas a obligar a tomar mate con la bombilla toda baboseada? Y usted —dijo señalando a López—, ¿por qué no se lleva al chico y le ahorra el espectáculo de la carnicería espantosa que estoy a punto de armar?

Erídano

Suplemento de Alfa Erídiani

Nº 4



—¿Los vas a masacrar, viejo? —Amanda estaba francamente espantada.

—No, si los voy a nombrar doctores honoris causa de la universidad de la villa 21. Sí, mujer; los voy a hacer percha.

—Madre Teresa no dejarlo masacrar hacer carnicería espantosa —dijo el extraterrestre, pareciéndose cada vez más a Brad Pitt, bombón maduro, tal como lo recordaba Amanda, que lo había visto en televisión esa misma tarde—. Explicarle las cosas que no sean baboseada. Textualmente mis palabras extraterrestres, señora, predijo masacrar. No quiero ir estrellándose contra seres de otro planeta, ustedes.

—Habla como un político, la gran puta; puras mentiras —protestó Osvaldo Cruz, que en su época había sido piquetero, y de los bravos.

—Voy a tratar de reemplazar —dijo Federico López—, al honorable vecino que parece haber sufrido un serio accidente, decodificando los encarrujados galimatías de este señor marciano.

—Me parece, con todo respeto —dijo la señora Melgar—, que el señor extraterrestre habla más claro que usted, don.

—Es posible, buena señora, que mi lenguaje docto y académico resulte fragoso a sus tapiados oídos, sólo habituados a los mugidos de la televisión, pero alguien debe mediar ante estos pertinaces invasores, ¿no creen?

—Aquí estoy —dijo Luján Lafayette, arribando a la carrera a pesar de que había sido perjudicado por la caída. Renqueaba; un hematoma, como una cucarda, le coronaba la frente. En el mismo momento en que Luján le plantó cara a los alienígenas, uno de ellos empezó a tomar la forma de Albert Einstein y el otro la de una agraciada señorita de unos 25 años, pelo, trigueño, busto generoso, glúteos proporcionados.

—Papá —exclamó el pequeño Aldo—. ¡La señorita Marcela!

—¿Quién es la señorita Marcela? —quiso saber la Melgar quien, a pesar de no perderse una sola emisión de Chismes, Cotilleos y Enredos, el programa que conducía Chichi Siciliano a las cuatro de la tarde en el canal rojo, no registraba a la señorita Marcela.

—La señorita Marcela —dijo Federico López pinzando su barbilla entre los dedos pulgar e índice—, es la educadora, es decir, la maestra de primeras letra de mi hijo Aldo. El pequeño asiste a las clases que la docente imparte

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



en la escuela número 18 del distrito escolar 5, sita en la avenida Caseros 2152.

—Podemos razonar —dijo Luján—, a modo de conclusión preliminar, que estos invasores están dotados de una innata habilidad para copiar formas físicas que extraen de la mente de los aquí presentes. De la señora Amanda han sacado a este actor carilindo que aparece en muchas cintas; de mi propia cabeza han extraído a uno de mis admirados maestros y de la del ocasional transeúnte una señorita agraciada por la que el mencionado ha de profesar algo más que un interés escolar.

—¡Por favor! —protestó el psicólogo—. Bien pudieron haber copiado las formas de la señorita Marcela de la mente del niño. Él pasa varias horas de la jornada diaria junto a ella y recuerda sus formas a la perfección.

—No se haga el tonto, hombre —refutó Luján—. ¿Cree que el pequeño recordaría detalles tan precisos como esos pezones que casi perforan la camiseta de la maestra?

Federico López se hizo el distraído y aparentó aproximarse al extraterrestre que se parecía a Einstein, aunque si dejar de mirar a Marcela.

—Ustedes están impidiendo —dijo Osvaldo—, que yo cumpla con la tarea que decidí realizar hace un momento. —Dicho esto dio media vuelta y se metió en la casa, no sin antes soltarse del aferrón de Amanda que trataba de detenerlo.

—¡No te pierdas, viejo! —croó Amanda.

—Si masacrar vendrán otro indios de Marte, desde espacio exterior más fuerza borrarán futuro planeta Tierra. —Los tres, Brad Pitt, la señorita Marcela y Albert Einstein, hablaron a coro, con tal ajuste y precisión que el vello de los presentes se erizó. De esta reacción física hay que exceptuar al pequeño Aldo, que no entendía nada y ya entraba en un cono de fastidio por la frustración que suponía no ir a pescar ranas al Riachuelo y el señor Osvaldo Cruz, quien había ido a buscar una barreta de hierro de doce kilos para masacrar a los invasores.

—Divide y reinarás —argumentó el psicólogo, presa de una idea brillante—. Usted, señor...

—Luján Lafayette, a sus órdenes —dijo el mencionado.

Erídano

Suplemento de Alfa Erídiani

Nº 4



—Encantado de conocerlo —dijo López, estrechándole la diestra—. Bien eso, ya me entiende. Usted con Einstein, la señora...

—Amanda Gorriti, a sus órdenes —dijo Amanda, remedando a Luján y agregando, de su cosecha, una flexión de rodilla y un zarandeo de culo que trató de pasar por reverencia.

—Ah, bueno; Amanda con Brad Pitt y un servidor con la señorita Marcela. Si los mantenemos separados, tal vez logremos reducirlos. ¿El señor morcho fue a llamar por teléfono a las autoridades pertinentes?

—No —dijo Amanda—. Si lo conozco al Osvaldo, fue a buscar la barreta de fierro para hacerlos puré.

—Podríamos causar un daño irreparable —razonó el psicólogo en voz baja—. Querida señora —dijo luego dirigiéndose a Elena Melgar—: ¿puedo pedirle dos favores?

—Encantada —respondió la mujer, imaginando vaya uno a saber qué delicia.

—Necesito su casa por un rato, para interrogar convenientemente al extraterrestre que me ha tocado en suerte.

—Ah, eso —respondió la mujer, decepcionada—. ¿Y el otro favor?

—Que cuide unos minutos a Aldo, mi pequeño vástago. Usted sabe, los niños son traviesos e impredecibles, no se sabe qué tropelía perpetrarán, si uno les quita los ojos de encima. —A renglón seguido, Federico López pasó el brazo por la estrecha cintura de la señorita Marcela y la invitó, galantemente, a que lo acompañara al interior de la vivienda de la señora Melgar.

—¡Papi! ¡Yo no quiero! —protestó el pequeño Aldo—. Esta tiene cara de bruja.

No obstante, en el mismo instante en que el psicólogo se disponía a dar el primer paso, haciendo caso omiso a las observaciones de su hijo, Osvaldo Cruz salió de la casa como una tromba, blandiendo la barreta ya mencionada por encima de la cabeza. La naturaleza misma de la posición de los brazos, exponiendo las frondosas axilas al contacto con la atmósfera del planeta, impregnó el ambiente de un hedor que no auguraba un desenlace mesurado.

Erídano

Suplemento de Alfa Erídiani

Nº 4



—¡Monstruo con la jeta del demonio! —vociferó Osvaldo al descargar el primer golpe que hundió la cabeza de la señorita Marcela hasta la altura del ombligo, en el caso de que la prolija copia alienígena hubiera cuidado ese detalle. —¡Alimaña inmunda de albañal! —agregó cuando, usando la barreta como estoque, perforó a Brad Pitt de lado a lado. El simulacro de Brad Pitt se desinfló como un globo con una pérdida ínfima; en pocos segundos quedó reducido a un cúmulo de baba. Pero mucho antes de eso, causando un dolor profundo en el alma de Luján por la privación que causaba al mundo científico, machacó a Albert Einstein. —¡Mamarracho hijo de una gran puta! —concluyó, devaluando el tenor de sus epítetos. En pocos instantes, el valeroso Osvaldo Cruz había acabado con la invasión extraterrestre. Los alienígenas yacían desparramados a los pies de los atónitos presentes, convertidos en la materia original: una baba gelatinosa, casi transparente.

—Ahora la hicimos buena —reprobó Federico López. Sentía una enorme frustración por no haber podido comprobar la calidad de la copia de la señorita Marcela; no consumir un proyecto trastornaba al psicólogo hasta límites insospechados por el autor de este relato.

—La hicimos buena, sí —coincidió Luján Lafayette—. Estamos expuestos a una represalia, ¿no? —Miró a Osvaldo Cruz con severidad. Este, los brazos separados del cuerpo, la barreta en la mano derecha, las axilas exudando un tufo de otra galaxia, se dejó mirar, indefenso, y no pronunció palabra.

—Hay que llamar a los recolectores de residuos —dijo Elena, secretamente alborozada por el fracaso de López con la falsa señorita Marcela—. Usted tiene un teléfono móvil, ¿no es cierto? —agregó señalando la riñonera del psicólogo. De la riñonera también colgaban una pipa de brezo, una bolsa de terciopelo conteniendo tabaco camboyano, el más fuerte del mundo, un multiuso suizo de buena marca, entre cuyos elementos había hasta un escalpelo, un amansalocos de nogal, un monedero con rupias y dinares de plata y un hueso de mamut de Uzbekistán en el que una artista ciega había tallado la imagen del rostro de Sigmund Freud—. ¡Úselo! ¡Rápido!

Federico López pensó que no era mala idea llamar a los recolectores de residuos, con más razón ahora, que la babosa gelatina empezaba a palpar. Pero mejor idea le pareció llamar a su amigo Seby Montaraz, 35 años, viudo en circunstancias sospechosas. Montaraz, además de amigo de la infancia, era Secretario de Asuntos Estrambóticos de la Ciudad Autónoma.

Tras marcar los once dígitos de rigor, López esperó unos segundos. Todos los que lo rodeaban contuvieron el aliento, menos los babosos extraterrestres, que latían cada vez con mayor intensidad. —Seby. Soy yo, Federico.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



¿Cómo estás? ¿La familia? Perdón es cierto. Te acompaño el sentimiento. ¿Tuvieron hijos? Bueno, de un lado es mejor. Ofreciendo las disculpas del caso, por lo inoportuno de la intrusión. ¿Me podrías, tal vez, brindar alguna suerte de apoyo logístico? Sí. Sí. Estamos en una especie de emergencia. Sí. Algo por el estilo. En realidad no. Hemos tenido una invasión extraterrestre. Un vecino del lugar, visiblemente ofuscado, masacró a los aliens, sí, sí, seres de otros planeta o planetoide, que bien podrían haber sido embajadores plenipotenciarios. ¿Dónde estoy? No tengo idea. Cerca del Riachuelo. Se ve un gran estadio de fútbol en ruinas, a unos metros de aquí. ¿El Palacio del Tucú? No lo conozco. No me interesan los deportes. Me apuntan aquí que estamos en Luna y Orma. No, no te hablo desde la Luna, el satélite de la Tierra, sino de la calle Luna. No tengo dinero para viajar a la Luna. Teníamos intenciones de ir a pescar ranas al Riachuelo. Mi hijo Aldo nunca vio una rana; sólo conoce las ratas. Si, ya sé que la limpieza del Riachuelo es un proyecto de tu Secretaría. No. Sí. No nos vayamos por las ramas. Necesitamos una brigada especial, entrenada en asuntos bien estrambóticos. ¿Puede ser? Cuento con eso. Gracias. Un día de estos comemos juntos. No, no mutuamente. Gracias. Chau.

—¿Van a venir? —Osvaldo Cruz empezaba a percatarse del volumen de su hazaña; también de lo delicado de su situación personal si las autoridades determinaban que los extraterrestres eran una avanzada pacífica cuya misión consistía en colmar a la Tierra de felicidad y bienes. Amanda advirtió que el mate se había enfriado y se metió en la casa para calentar el agua.

—Van a venir, sí —suspiró el psicólogo.

—Ahora que el señor mató a los indios de Marte, papi, ¿vamos a ir a pescar las ranas?

—Sí, querido, en un momento. Será una pesca breve, ya que tu madre, si arribamos a nuestra morada más allá de las catorce, nos dejará sin alimentos. —Con el rabo del ojo estaba vigilando el progreso de la gelatina, que ya había alcanzado los quince centímetros de altura y seguía creciendo.

—Me parece que lo mejor —opinó Luján—, será rociarlos con bencina o nafta y prenderles fuego.

—Lo mejor es el queroseno —dijo Cruz.

—¿De dónde va a sacar queroseno? Desde la época de Perón que no hay. —La señora Melgar se aproximó audazmente a los extraterrestres para comprobar si la materia de la que estaban hechos tenía alguna semejanza con la

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



de los caracoles de jardín, a los que se podía reducir y quemar con sal de cocina. Los invasores se la engulleron antes de que ninguno de los presentes pudiera reaccionar, pero la devolvieron, intacta, ocho segundos después.

—¿Qué pasó? ¿Dónde estuvo? —preguntó Luján.

La señora Elena Melgar estaba fascinada. —¡Es asombroso! —dijo—. Me han mostrado las maravillas de su mundo. Es un sueño. Deberíamos ir todos.

Federico López cruzó una mirada con Luján Lafayette. Ambos estuvieron de acuerdo sin más trámite: Elena había sido modificada; era imposible saber cuanto de ella y cuanto de extraterrestre había en ese cuerpo. Aunque tampoco se podía descartar la nefasta influencia de una película clásica, en la que una pandilla de jubilados recibe la vida eterna de unos visitantes de otra galaxia. Era muy posible que la Melgar hubiera estado viendo esa película; el día anterior la habían pasado por el canal amarillo. López prestó atención, pero ningún sonido extemporáneo alteraba la calma del domingo. ¿Llegarían los de Asuntos Estrambóticos aullando como lobos? Ese no era el problema mayor. Había más gelatina que antes. Los extraterrestres se habían quedado, además, con parte de la sustancia constitutiva de Elena Melgar. Es decir, la habían restaurado con cierta economía de diseño. El montón de baba se elevaba cuarenta y cinco centímetros del suelo. Esta vez no parecían tener apuro. Estaban haciendo un estudio de campo intensivo. ¿Con qué se destaparían ahora?

—Papi —dijo Aldo con todo el fastidio de una criatura de siete años que no ha almorzado, que no está interesada en las invasiones extraterrestres, pero sí en ranas—. ¿Y las ranas? Me aburro; todo esto es muy aburrido. ¿Trajiste mis súper muñecos Maxi Torpedos para jugar? Bill Gateway, el Señor del Mundo, arreglaría esto en cinco minutos.

—No lo dudo, querido —dijo el psicólogo, pasando de impaciente a preocupado—. No me imaginé que serían necesarios Bill Hateway, el Amo del Mundo y sus súper amigos Torpedos. —Ochenta centímetros y creciendo. El busto de la señorita Marcela, en una versión si se quiere más turgente y succulenta, se destacaba de la informe masa de gelatina.

—Súper muñecos Maxi Torpedos —corrigió el niño—. Y Bill Gateway, el Señor del Mundo. ¿Dónde están las ranas? ¿Son lindas?

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—Hijo, querido. Las ranas ya miden un metro y se siguen hinchando... Y yo también me estoy hinchando. Estoy a punto de mandar todos los libros de Lacan y Piaget a la hoguera...

—Creo que es hora de otra tanda de buenos fierrazos —dijo Osvaldo Cruz. Levantó la barreta, dispuesto a repetir la despiadada golpiza anterior. Pero esta vez no pudo. De la masa de gelatina emergió una mano gigante y una boca gigante. Eran la mano y la boca de Bill Gateway, el Señor del Mundo. Osvaldo fue engullido y vomitado en sólo ocho segundos. La barreta había desaparecido en el interior de la gelatina extraterrestre. Voy a dar un dato: la gelatina superaba el metro y medio y ahora crecía a ojos vista. Elena Melgar y Osvaldo Cruz, con la mirada vidriosa, como si estuvieran contemplando un paisaje alucinante en la pantalla del lado interior del globo ocular, habían quedado afuera del juego.

—¡Bill Gateway, el Señor del Mundo! —exclamó el niño. Los extraterrestres, cuya capacidad para aprender y asimilar conocimientos exceden cualquier explicación que yo pueda proporcionar en el limitado espacio de un relato, respondieron con un dominio del idioma que hubiera hecho las delicias del profesor de la Concha.

—Tu apreciación es exacta, hijo. Ahora soy Bill Gateway, el Señor del Mundo. Tomaré posesión de este planeta en nombre de la Comunidad Pantagruélica del Quinto mundo del sol que ustedes llaman FGRT-J4T-U304 en el catálogo estelar de los profesores Murphy, Anderssen y Petrovchuk.

—En ese planeta, ¿hay ranas?

Cuando llegó al lugar la brigada especial de la Secretaría de Asuntos Extrabótricos, al mando del especialista Seby Montaraz, ya presentado en un párrafo anterior, halló un cuadro levemente distinto al descrito por Federico López en la conversación telefónica. Además de su amigo de la infancia, el psicólogo López, vio a un hombre de tez oscura que respondía al nombre de Cruz, a una señora entrada en años llamada Elena, a otra dama empeñada en cebar mate, probablemente de apellido Gorriti y a un científico aficionado cuyos datos de filiación no pudo averiguar. Todos ellos permanecían en estado de éxtasis, respondiendo muy limitadamente a los estímulos del mundo exterior. En cambio otro grupo, entre los que se contaban el dinámico hijo de Federico, un súper héroe que adujo llamarse Bill Gateway, el Señor del Mundo, una señorita muy bonita de profesión educadora, un actor norteamericano y un anciano de cabello blanco desordenado y aire de genio, recibían instrucciones de un señor voluminoso, bastante grueso y de ademanes

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



campechanos. Todos parecían estar escuchando una charla técnica unos minutos antes de salir a la cancha.

—Amigo Montaraz —dijo el hombre campechano—. Acérquese, traiga a sus compañeros. Aquí me tiene, de nuevo en carrera, preparando la conquista del planeta.

—¿Lo conozco de alguna parte? —dijo Montaraz, nadando entre el asombro y el pánico.

—Bueno. Me puede haber visto en alguna fotografía. En una época me tomaban muchas fotografías. Ahora hace tiempo que no ando por estos lugares, pero estos muchachos se han tomado el trabajo de revivirme, y como todo el mundo sabe, yo no sé decir que no. —El hombre con aspecto campechano desplegó una encantadora sonrisa. Tiene carisma, pensó Montaraz.

—¿Qué significa preparando la conquista del planeta?

—Pasamos de ser algo informe, a un estado superior del ser. Ahora mi alma está puesta en la felicidad de mis hermanos que sufren y padecen desde hace tantos años; mi visión de futuro me indica claramente cuál será el proceso favorable. Mi retorno pues, no está subordinado a ninguna situación especial o acuerdo con persona alguna. Como le dije, estos muchachos me han pedido que les de una mano. No he dudado un solo instante. No conozco la duda. Un conductor no puede dudar.

—Entonces... usted... —Montaraz, en sus muchos años de enfrentar extravagancias en la Secretaría de Asuntos estrambóticos, jamás había visto algo así.

—Exacto. Pero como seguramente sabe, o sospecha, todos somos lo que somos, pero rara vez lo que parecemos. Y ahora, amigo Montaraz, tendrá que tomar una decisión: se está con nosotros o contra nosotros. No admitiré jamás la menor crítica ni toleraré la menor duda.

—Bueno, yo, en realidad... no pensaba...

Osvaldo Cruz tomó la barreta, que le había sido devuelta por los invasores en previsión de una circunstancia como esta, y literalmente deshizo a golpes a Seby Montaraz. Luego repartieron la sustancia y la deglutieron dando francas muestras de satisfacción. Se pusieron en marcha, encabezados por el señor campechano e iniciaron la conquista del planeta. A las trece y doce, en la esquina de Luna y Orma no quedaba nadie.

Erídano
Suplemento de Alfa Eridiani
Nº 4



LAPSO DE REFLEXIÓN

El Agente de Seguridad condujo al tipo de cabello rojo hasta la puerta del despacho del Secretario de Asuntos Estrambóticos. Golpeó con los nudillos suavemente, dos veces, y esperó a que el Primer Ujier les franqueara el paso. Desde el interior se oyó la voz abaritonada del Segundo Ujier:

—Que el Delirante Citado entre solo.

El Agente de Seguridad se encogió de hombros, y con un leve toque en la espalda impulsó al Delirante Citado, dio media vuelta y regresó al pasillo. A él sólo le pagaban por conducir a los Delirantes Citados; que los dejaran o no penetrar en la antecámara era algo que lo tenía totalmente sin cuidado.

En el pasillo lo interceptó el Burócrata Ambulatorio, conocido de cafeterías y comedores:

—¿Quién era?

El Agente de Seguridad pensó: qué mierda le importa; pensó: es un asunto secreto; pensó: este tipo no tiene nunca algo que hacer; pensó: no me vendría nada mal un café doble y un pastel de manzanas.

—Invíteme con un café doble y un pastel de manzanas y le cuento todo lo que sé.

—Hecho.

Recorrieron los pasillos en silencio. La cafetería estaba en el ala este, directamente sobre los jardines. A través de los amplios ventanales podía verse el inefable mundo exterior, olerse los fragantes rosales y disfrutarse el atardecer de primavera. Pero el máximo placer eran las bellísimas moles grises de los edificios del Gobierno que ocupaban la totalidad del campo visual.

—Odio pasar la vida encerrado en estas oficinas oscuras —dijo el Agente de Seguridad señalando con una mueca los jardines y más allá.

—También yo. ¡Qué día hermoso! —Luego de una pausa agregó: —¿Y bien?

El Agente de Seguridad carraspeó:

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—Un chiflado más. Dice tener documentación fiable que demuestra que los ahtram de Altair llegarán de un momento a otro en sus naves gigantes en forma de disco y destruirán la Tierra con rayos láser...

El Burócrata Ambulatorio se atragantó con un trozo demasiado grande de pastel de manzana.

—Y ¿por qué la destruirían?

—El tipo dice que por hacer mal uso de la energía atómica, por arruinar la ecología de nuestro planeta y por demostrar crecientes tendencias agresivas.

—Ja-ja-já. Permítame descoserme de risa. Somos agresivos desde el Crô Magnon, arruinamos el planeta desde Noé y hacemos mal uso de la energía atómica por lo menos desde Hiroshima. ¡Qué demente!

—Este tipo dice que los ahtram pueden viajar a velocidades superiores a la luz y que poseen armas que harían babear a nuestros militares. El tipo quiso dejar en claro que los ahtram jamás aplican sus armas a causas innobles.

—Entiendo. El tipo tiene una respuesta para cada insensatez. Pero ¿por qué han demorado treinta y cinco años en borrarnos del Universo? Si patrullaban la zona en 1945 y contemplaron el honguito, ya tenían entonces una buena razón para...

—Según el tipo fueron a pedir instrucciones al Gran Consejo, o lo que cuernos mande por allá. Habrán evaluado nuestros antecedentes y conductas y decidido de acuerdo con ellas.

—¡Pero treinta y cinco años! Una oportuna llamada por radio, subradio o hiperradio podía haber servido perfectamente. ¿No conocen el ansible de LeGuin?

—El tipo dice que ellos sólo habrán pasado algunos días standard. El *estiramiento* subjetivo del tiempo es un subproducto de la relatividad. Ellos fueron y volvieron en un santiamén.

—¿Y tienen que entrevistar a muchos rayados de esos en la Secretaría de Asuntos Estrambóticos?

—¡Docenas! ¡Cientos! Tipos que predicen terremotos, asesinatos, tornados. Tipos que dicen estar en contacto con mundos paralelos en los que

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



Kennedy no fue asesinado o que un polaco fue elegido Papa. Y los contactos de tercer, cuarto, quinto, sexto tipo...

El agente de Seguridad se detuvo al notar que el Burócrata Ambulatorio palidecía intensamente. Como daba la espalda al ventanal, tuvo que volverse para divisar el enjambre de pequeñas naves que, semejantes a voraces pirañas, descendían en picada sobre las bellísimas moles grises de los edificios del Gobierno y las demolían con disparos de cañones protónicos.

—Finalmente el tipo tenía razón —dijo el Burócrata Ambulatorio—. Van a tener que cambiarle el nombre a la Secretaría.

—Ah, esos. No, se equivoca; esos no son los ahtram de Altair. Son los zerep de Spica que fueron a pedir autorización para borrarlos de la faz del universo cuando la Inquisición empezó a meterse con Galileo Galilei. Viven un poco más lejos, ¿entiende?

Erídano
Suplemento de Alfa Erídiani
Nº 4



LAS CHINAS

—**E**stá obsesionado con las chinas, Lauría —dijo Becerra al mismo tiempo que abría el tercer sobre de azúcar encima del mismo café y dejaba caer el contenido como una fina lluvia.

—No sé cómo puede tomar el café tan dulce —replicó Lauría—. Era especialista en eludir la respuesta directa a cualquier pregunta que se le formulara. Su método consistía en hallar algún rasgo vergonzoso en el interlocutor y señalárselo. Es como ser drogadicto.

—Necesito incorporar azúcar —se defendió Becerra moviendo la mano torpemente—. Mi metabolismo lo requiere. Golpeó la cuchara que hizo palanca contra el borde de la taza y salió despedida, dibujando piruetas en el aire.

—El problema no son las chinas, sino la fertilidad de las chinas —dijo Lauría—. Demasiado fértiles, para mi gusto. —Puntada en cruz. Nudo. Tirón. —La invasión es inminente e inevitable. Caerán sobre nosotros como una fina lluvia de azúcar y roerán nuestras entrañas con sus dientes metálicos.

—¿Cómo? —Becerra, en cuatro patas debajo de la mesa, no tenía claro si ahora estaban hablando de las chinas, del azúcar o de la maldita cuchara, escurridiza como una laucha, que no se veía por ninguna parte.

—Son como conejas; siempre están preñadas o recién paridas. Y a mi los conejos me dan tanto asco como las ratas o los ratones.

—Como las lauchas —dijo Becerra, que había atrapado una movediza mancha plateada y la sostenía entre dos dedos; tanto podía ser una sardina, una cuchara o una laucha, no podía estar seguro en la oscuridad reinante bajo la mesa. Ese era su karma: el universo tendía a desmenuzarse cuando él trataba de asirlo por la cola.

—El universo, querido amigo Becerra —dijo Lauría escarbándose el espacio entre los dientes con la uña—, el universo. Tenemos tan pocas posibilidades de frenar la tendencia de las cosas hacia el desorden generalizado como de invertir el curso del tiempo cuando es inminente el arribo a la estación terminal. Estación terminal es una metáfora de la muerte, ¿entiende?

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



Becerra, que había creído arrojar la laucha o la sardina a una buena distancia, comprobó que se trataba de la cuchara perdida cuando oyó el repiqueteo del metal contra las baldosas. Pensó que la mano de hierro de la desesperación lo asía del cuello como si él fuese un pollo de cuarenta días.

—En este bar —dijo Becerra—, ¿le cobran a uno las cucharas extraviadas?

—No se extravié, Becerra —dijo Lauría—. Recuerde que nuestro tema son las chinas, las chinas preñadas y las chinas paridas. —Trató de acariciar la cabeza de Becerra que sobresalía a un costado de la mesa, pero el pelo estaba duro como una caparazón de tortuga; Becerra usaba demasiada brillantina. —Recuerde esto: hay cuatro clases de chinas. Las demasiado jóvenes. Las preñadas. Las paridas. Las demasiado viejas. Cuatro clases. —Unió cuatro dedos y los sacudió de arriba abajo y de derecha a izquierda. —Cuatro.

—Eso ocurre con todas; no necesitamos a las chinas para que se verifique la teoría. —Becerra trató de incorporarse, pero haber andado en cuatro patas por debajo de la mesa le había producido un intolerable dolor lumbar. No lograba enderezarse.

—¿Está preparado para afrontar el gasto de la cuchara que perdió, Becerra? Era de buena plata. Calculo que no le van a pedir menos de trescientos, si no la encuentra enseguida. ¡Mozo!

—¿Para qué lo llama? —dijo Becerra, aterrado—. Deme la oportunidad de buscarla un poco más. ¿Se cree que me sobran esos trescientos?

—El plan de los chinos es de largo aliento —dijo Lauría sin prestar atención al espanto de Becerra—. La capacidad reproductiva de las chinas en edad fértil les permite fabricar entre quince y veinte críos por cabeza. En los últimos cinco años entraron al país la friolera de un cuarto de millón de chinos, la mitad mujeres, todas en edad de quedar preñadas. Un cálculo conservador nos lleva a establecer que antes de dos décadas habrá cinco millones de chinos en nuestra patria y en otras dos nos habrán superado en población. Imagínese: un presidente llamado Chu-tse Kiang y el ministro de cultura y educación: Sun-kai Tung. Así por el estilo y hasta el infinito.

El mozo, un gallego casi extinguido, se había plantado ante la mesa y miraba a Becerra con ojo crítico; no le gustaban los parroquianos que andaban a gatas bajo las mesas. Y eso que todavía no sabía nada de la cuchara.

Erídano

Suplemento de Alfa Erídiani

Nº 4



—Tráigame una copa de aguardiente de arroz —dijo Lauría sin alzar la vista de una mancha de café que se obstinaba en empapar el mantel.

—El señor —dijo el mozo apuntando a Becerra con la barbilla—, ¿se va a servir algo?

—No balbuceó Becerra. Yo no quiero nada. Todavía no pude tomar el café.

—Ese café está helado —dijo el mozo con un tono admonitorio que no dejaba flanco a la réplica—. ¿Quiere que se lo caliente?

—¡No! —gruñó Becerra—. Déjelo como está.

—Como guste —dijo el mozo, casi ofendido. Se dio la vuelta y se dirigió hacia el mostrador para cumplir con el pedido de Lauría. No se había dado cuenta que faltaba la cuchara.

—¿Aguardiente de arroz? —dijo Becerra—. ¿Sake?

—Así que lo que sigue —continuó Lauría, abstraído en su propia línea de pensamiento— es encontrar un arma efectiva para combatir la proliferación de chinos. Un cortaplumas no es lo más adecuado, y una pistola de rayos es algo demasiado obvio. No necesitamos un arma propiamente dicha, sino un elemento pequeño, casi intangible, algo no se descubra ni siquiera tras el más minucioso registro. No logro imaginar, sin embargo, qué haría ese arma, si la consiguiera. Veamos. Estoy pensando en voz alta, Becerra, ¿qué hace, hombre?

—No tengo un arma pequeña —dijo Becerra regresando a la silla con visible esfuerzo; no había recuperado la cuchara, pero ya estaba resignado—, tampoco un arma grande. Creo que no existen armas que sirvan para matar chinos sin que nadie se dé cuenta.

—Si no puede recuperar una cuchara que se le cayó al suelo, Becerra, mal podría dedicarse a cazar lauchas o sardinas. Usted debería dedicarse a otra cosa. ¿No pensó en disfrazarse de payaso e ir a uno de esos castings de la televisión? Tenemos que encontrar un buen nombre para ese payaso; el nombre es todo.

—Estaba hablando de las chinas —suspiró Becerra—, de su fecundidad.

—Los gorriones —dijo Lauría.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—No —insistió Becerra—, de las chinas.

—Los gorriones son los enemigos ancestrales de los chinos —dijo Lauría—, más que los nipones y los coreanos; más que los rusos y los vietnamitas o los tibetanos y los indios. Los gorriones no olvidan.

Becerra no entendía adónde quería llegar Lauría, pero atento a que cualquier mínimo empujón lo sacaría al otro del camino prefirió guardar silencio. Mejor que eso, deslizó un comentario superficial, más inocuo que la neblina o el vapor. Grande, móvil e inocuo.

—Las chinas preñadas —dijo, sabiendo que Lauría no haría pie en las chinas preñadas. Tal cual; genio y figura.

—Los chinos matan a los gorriones con el ruido. El método es golpear con fuerza piezas de metal, unas contra otras. Imagínese: miles y miles de chinos golpeando gongs y platillos, todo el tiempo, impidiendo que los gorriones se acercaran a los sembrados. Sabe que para los chinos el número no es problema; será porque fueron ellos y no los árabes quienes inventaron los números. Pero no quiero desviarme del tema. Los chinos, golpeando sus metales impiden que los gorriones se posen en el suelo y los gorriones, exhaustos, sin posibilidades de encontrar un lugar en el que hacer pie, sin posibilidades de dejar de batir las alas, sufren ataques cardíacos y mueren en vuelo. Los chinos impiden que los gorriones se coman los granos, cierto, pero los gorriones han desarrollado un odio hacia los chinos que se parece al que siente usted, Becerra.

—¡Yo no los odio! —protestó Becerra—. Usted odia a los chinos, Lauría. Lo dice siempre.

—No obstante —dijo Lauría desestimando la protesta de Becerra con gran economía de gestos—, los gorriones no son idiotas. Debe reconocer que la agresividad que los chinos practican con los gorriones, engendra en estas nobles aves tal resentimiento, una suerte de animosidad que sólo puede compararse a la que los armenios sienten por los turcos. Me dirá usted, Becerra, que poco pueden hacer unos minúsculos gorriones contra un pueblo numeroso, prolífico, sabio y meticulous, un pueblo que se dispone a conquistar la Luna dentro de pocos años y desde ahí hacer pie para colonizar todos los planetas del sistema solar, empezando por Marte. Hace algunos años se discutía acerca de si Marte sería ruso o yankee. ¡Discusión estúpida! Marte será chino. La Humanidad no podrá con los chinos. Y todo el universo será chino mucho antes de lo que imaginó Olaf Stapleton.

Erídano

Suplemento de Alfa Erídiani

Nº 4



—¿Quién es Olaf Stapleton? —dijo Becerra.

—Hay un atajo —prosiguió Lauría—. Las otras razas no pueden con los chinos porque los chinos son más inteligentes que todos, incluso que los ingleses y los franceses. Pero, ¿qué pasaría si la inteligencia de los gorriones pudiera ser aumentada exponencialmente? No digo un aumento de inteligencia que permitiera a los gorriones construir naves espaciales y copiar cualquier artefacto inventado por los norteamericanos, pero sí un aumento que les permitiera enfrentar con éxito el arma más efectiva de los chinos. Exacto, adivinó: el arma secreta de los chinos es la fecundidad de las chinas.

—¿Sí? —dijo Becerra, encantado de poder injertar aunque más no fuera un monosílabo.

—¿Encontró la cuchara, Becerra?

—¿La cuchara? ¿Quién se acuerda de la cuchara si estamos llegando a la Luna con los chinos y alcanzando el cociente intelectual de Will Bates con los gorriones?

—¿Will Bates? Lauría movió la cabeza como si un abejorro se le hubiera metido en el oído. Will Bates. ¿Cría gorriones?

Becerra pensó que había llegado su oportunidad, esa que se presenta una vez por partida. Lauría estaba desconcertado, aturdido. Se disponía a rematar, clavando la aguja en el punto exacto, cuando apareció el gallego con el aguardiente y desmoronó la delicada estructura armada por Becerra.

—El aguardiente —dijo el gallego, incapaz de soslayar lo obvio—. Usted, el otro, ¿seguro que no quiere nada? Veo que se ha formado una especie de hongo sobre el café; no lo tome, puede ser venenoso. ¿Quiere que le traiga otro? ¿Un té verde, quizás?

Lauría movió la mano para indicarle al mozo que se retirara. El tiempo ganado le había servido para rearmar la defensa.

—La solución es sencilla. Aumentamos la inteligencia de los gorriones unas cinco o seis veces. Potenciamos el resentimiento que guardan por el asunto de los ruidos y los infartos. Les enseñamos que no sean compasivos ni tolerantes ni reticentes. Los educamos para que reconozcan a las chinas preñadas, aunque estén de dos meses. Les enseñamos la técnica del kamikaze. No sé si en ese orden, pero estoy seguro de que ese conjunto de impe-

Erídano

Suplemento de Alfa Erídiani

Nº 4



rativos categóricos operarán en positivo para que la explosión demográfica de los chinos remita.

Becerra miró a Lauría con ferocidad, entrecerrando los ojos. —¿Usted está loco? —le dijo finalmente. Como era habitual, Lauría no contestó a la pregunta—. Usted está loco. —Esto último no era una pregunta.

—El aguardiente de arroz; es de lo mejor. —Lauría chasqueó la lengua. —¿No quiere tomar una copa?

—El aguardiente de arroz es chino —dijo Becerra, más resentido que los gorriones—. Más allá de que su extravagante teoría no tiene asidero ni posibilidades de verificarse en la realidad, ya que no existe poder sobre el planeta que pueda aumentar la inteligencia de los gorriones ni utilizar el odio de éstos contra los chinos, en el caso de que la anécdota del ruido y los infartos no sea un cuento chino —se permitió una pausa para respirar, pero Lauría no lo interrumpió; estaba como ido, en un limbo—, el proyecto de convertirlos en kamikazes para obligar a las chinas preñadas a abortar es de una crueldad, de una inmoralidad, de una obscenidad, de un sadismo...

—¿Cuántos sinónimos me va a disparar? —dijo Lauría sonriendo—. Yo sólo quiero solucionar el problema, que sus hijos puedan vivir en un país libre de chinos.

—Soy estéril —dijo Becerra—. No tengo ni tendré hijos. Pero no quiero vivir en un país libre de chinos a ese precio; preferiría un país libre de Laurías.

—No lo tome a la tremenda. —Lauría bebió otro trago de su aguardiente y revoleó los ojos de una manera muy cómica. A cualquiera se le hacía difícil detestar al tipo; sus extravagancias ponían pimienta en la vida anodina de tipos como Becerra, quien sabía que, en el fondo, ni siquiera se tomaba en serio a sí mismo. Becerra pensó: para nada; me dejé arrastrar una vez más por las facilidad que tiene para ponerme en ridículo. ¿Ahora qué?

Dos chinas muy jóvenes se habían acercado a la mesa. Eran bellísimas, de rasgos delicados y armoniosos; cuerpos sutiles, manos finas. Por otra parte ostentaban todas las características que el lugar común se había empeñado en atribuir a su raza: timidez, recato, humildad, complacencia.

—Esta cuchara —dijo la más alta de las dos, un bombón de pura dulzura—, ¿es propiedad de alguno de ustedes? —Hablaba en perfecto español, con un dejo oriental indefinible y encantador.

Erídano

Suplemento de Alfa Erídiani

Nº 4



—Amigo Becerra —dijo Lauría—, siempre hay otro método, tal vez incluso mejor, para resolver un problema. ¿Cuál prefiere? Elija usted.

Becerra captó al vuelo la idea de Lauría, si se quiere más perversa aún que la de los gorriones.

—Recuerde que soy estéril —dijo entre dientes—; no resultará.

Fiel a su costumbre, Lauría no contestó, pero su cabeza empezó a hacer cálculos. Llegado el caso, él podría ocuparse de la china de Becerra, o podía reclutar voluntarios para preñar a las chinas. No había necesidad de mezclar el placer con el deber.

—Si una china tiene un hijo con un nórdico, por ejemplo —dijo Lauría—, ese hijo, ¿qué es?

Erídano

Suplemento de Alfa Erídiani

Nº 4



RECETA: HOMBRE FRITO

—C uando termines de contar —me dijo uno de los extraterrestres— encenderemos la sartén y te freiremos, ¿de acuerdo?

Por alguna razón el tono de la frase me causó risa y eso hizo que olvidara dónde estaba, de lo fría y dura que se sentía la plancha en mi espalda y de lo precario de la situación.

—Hasta diez —dijo otro, con un tono que pretendía ser amenazador.

Pero de todos modos conté. Al llegar a *siete*, el más pequeño de los extraterrestres —de por sí pequeños; ninguno medía más de sesenta centímetros— trepó por mis piernas y hamacándose en el cinturón alcanzó el pecho y se aferró con sus garras del abundante vello. Parecía una mezcla de zari-güeya y gorgojo, con ese hocico picudo y las pinzas chasqueando como castañuelas.

—Serás nuestra cena, te lo digo por si no lo advertiste —dijo el primer extraterrestre con esa voz meliflua y profunda de los naturales del Bajo Jockland.

—Soy duro y desabrido —dije interrumpiendo el conteo y tratando de conservar la calma; toda la situación me parecía absurda. No lograba explicarme de dónde había salido esa peste, pero lo cierto era que me habían irrumpido en mi nave monoplaza durante el trayecto entre la Tierra y el mundo colonial Gal-dun-dar y me habían atado a la placa principal de la rampa de disparo de sondas que desprendieron del puente con excesiva facilidad. Sabía que el frío en mi espalda duraría lo que tardaran en encender el fuego y que la dureza que sentía dejaría de serlo en cuanto el material —duroplás moldeado al circonio— se fundiera como cera.

—Podemos comer cualquier porquería —replicó el extraterrestre, muy serio. No se estaba burlando de mí.

—Padezco —dije— una rara enfermedad sanguínea: la anemia mutada de Rhea, ¿la conocen? No es mortal para el portador, pero sí para los que beben su sangre o ingieren sus tejidos musculares.

El extraterrestre pegó un salto y se sujetó de un estribo que colgaba de la trocla.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—¿Crudos o asados?

No tuve más remedio que meditar la respuesta. Si decía *de las dos formas* no me creerían. Me decidí por la que alejaba el peligro inmediato.

—Fritos. —El extraterrestre se arracimó con sus congéneres. Así amontonados parecían murciélagos de Pusa, esos animalejos inmundos cuya compatibilidad genética con los humanos los hace tan peligrosos, especialmente en verano. Parecieron conferenciar algunos segundos, aunque sabía perfectamente que los bichejos eran telépatas.

—Está bien —dijo uno de los extraterrestres volviendo a posarse en mi amplio pecho de astronauta, aunque no hubiera apostado un sólo crédito a que era el mismo—: te comeremos crudo.

—El Código de Convivencia Cósmica —dije con calma—, Libro 2, Sección V, Capítulo 453, Artículo 2 bis...

El extraterrestre dio un salto aún más espectacular que el anterior y se estrelló contra el antepecho de la escotilla de babor; un hilo de líquido plasmático de un azul eléctrico le manchó instantáneamente la jeta. Los otros extraterrestres se abalanzaron sobre el herido y lamieron el humor utilizando unos apéndices bucales que parecían cualquier cosa, menos lenguas. Chupeteo va, chupetón viene, en unos segundos no quedó rastro de la herida... ni del herido. Celebré el respiro, pero supe que no duraría. Una vez saciadas, las espantosas criaturas volvieron a centrar su atención en mí.

—¿Conoces todos y cada uno de los artículos, capítulos, secciones y libros del odioso Código de Convivencia Cósmica? —dijo uno de los invasores, quizá unos centímetros más grande que los demás, probablemente el jefe de la banda. Me pregunté, aún en el caso de que realmente poseyera ese conocimiento, de qué me serviría cuando empezaran a desmembrarme, una vez frito como una rana de Everglades.

—Todos y cada uno —improvisé—. El Libro 2, Sección V, Capítulo 402, Artículo 31 dice: *si un miembro de una especie infligiere a uno de otra un daño irreversible en su integridad física y/o anímica y/o virtual, las Fuerzas Armadas Especiales de la Comunidad, amparadas en el Código de Convivencia Cósmica, estarán facultadas a tomar una represalia equivalente a setecientas setenta y siete veces el perjuicio original.*

—¿Será posible? —dijo uno de los extraterrestres—. ¿Y si este tipo miente?

Erídano

Suplemento de Alfa Erídiani

Nº 4



—¿Podemos arriesgarnos? —dijo otro—. Nuestros hábitos alimentarios, que nos parecen la cosa más natural del universo, nos mantienen, demográficamente hablando, en un nivel muy cercano al umbral de extinción. ¿Cuántos éramos según el último censo, Pepe?

—Quinientos noventa y tres —respondió Pepe.

—¿Pepe? —Estallé en una virulenta carcajada, lo que, considerando la precariedad de mi situación, era por lo menos muy audaz—. ¿De dónde sacó el nombre este mamarracho?

—¿Qué tiene de malo? —protestó el aludido—. ¿No puedo llamarme Pepe?

—Pepe es un nombre terrestre. Los engendros del diablo no tienen derecho a usar nuestros nombres.

—Son nuestros nombres desde antes de que Moisés cruzara el mar Rojo —dijo el engendro—, que se parezcan un poco a los de ustedes es una mera coincidencia. —El que hablaba parecía ser el jefe de los extraterrestres. — ¿Acaso hay algún artículo del Código de Convivencia Cósmica que se refiera a eso?

—¡Por supuesto! —dije envalentonado—. En el Libro 3, Sección IV, Capítulo 100, Artículo 73.

—¡Por las glifas de Shine'sun! —exclamó el jefe de los facinerosos—. ¿No existe una ñiya banja en el universo que no esté regulada por ese kujo Código?

—Temo que se le están escapando demasiados términos en su jerga local, amigo, y no los entiendo. ¿Por qué no me desata y hablamos como especies civilizadas. Tenga en cuenta que el Código de Convivencia Cósmica, Libro 1, Sección I, Capítulo 3, Artículo 299 cataloga las posibilidades de contacto y advierte sobre las sanciones que le corresponden a los que las vulneran por acción... o inacción. ¿Entienden? Acción o inacción.

Los extraterrestres se agruparon una vez más y parecieron deliberar. Cuando llegaron a una conclusión me enfrentaron gesticulando como agentes de la camorra.

—¿Y si los del Código ese no se enteran que nos lo comimos? —dijo uno de ellos.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—Se enterarán, a la corta o a la larga se enterarán. Esta nave envía una señal automática cada sesenta minutos. Es una especie de radiofaro. Es preciso que yo añada un código secreto. Si no lo hago la nave emite un reporte de desaparición de persona y un registro de lo ocurrido. Como habrán imaginado esto está filmado con doce cámaras de alta resolución y viaja hacia la base Argos comprimido en un módulo Bridgeston. ¿No lo imaginaron? ¡Qué pena!

—Está bien —dijo uno de los extraterrestres—. Nos lo comemos, se enteran, pero les llevamos pársecs de ventaja.

—No importa. La represalia, ahora o dentro de cuatro siglos, llegará. El Código tiene memoria. Por menos que esto borraron del mapa a los vishubs de CB-708-C.

—¿Destruirán nuestro mundo y exterminarán a nuestra especie porque nos comimos a uno?

—Si son menos de setecientos setenta y siete, temo que sí.

—Ya —dijeron al unísono los depredadores—. Es una pena, pero tenemos un hambre de cerdos. —Y sin demorar un sólo segundo más pusieron manos a la obra.

Erídano
Suplemento de Alfa Eridiani
Nº 4



EXPEDIENTE DE UNO QUE NO EXISTE

—¿N

ombre?

—Felipe Estanislao Clemdik.

Levanté la vista y lo miré a los ojos. —¿No es demasiado obvio?

Se encogió de hombros.

—¿Hubiera preferido que me llamara Carlos Alberto Pérez?

—Sin lugar a dudas. No se puede comenzar una entrevista de estas características pateando los testículos (o los ovarios) del lector.

—Está bien. Empiece de nuevo.

—¿Nombre?

—Carlos Alberto Pérez.

—¿Ocupación?

—Personaje.

De todas las respuestas a una simple pregunta que se pueden recibir un lunes, a las ocho de la mañana, ésa era, de lejos, la más descabellada. El tipo me estaba esperando, sentado en la incómoda silla de madera de la recepción. No me pregunté cómo había entrado; eso hubiera sido suficiente para quebrantar mi ánimo. Lo dejé pasar tras echarle una mirada superficial. El tipo usaba ropa de cuero y un pañuelo rojo anudado al cuello. Su cara despedía un extraño resplandor. Tenía el cabello cortado al ras y lucía una expresión segura de sí, como si estuviera pensando en algo complicado y maravilloso, algo que yo no podría entender aunque me esforzara.

—De acuerdo —dije soltando la lapicera, cruzando los dedos y apoyando las manos encima del escritorio—. Felipe Estanislao Clemdik o Carlos Alberto Pérez. Personaje. ¿De qué? Cuento, novela, culebrón, película...

—No importa —me interrumpió—; de lo que sea. Me adapto a cualquier cosa. Necesito trabajar.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—Necesita trabajar. —Mi voz sonó neutra, ambigua. El tipo necesitaba trabajar, no de albañil o ebanista; quería trabajar de personaje—. No tengo nada, por ahora, pero puede aparecer algo. ¿Tiene experiencia?

El tipo dejó que una sonrisa franca le cubriera el rostro. Después metió la mano en el bolsillo de su campera y sacó un disco.

—Mi experiencia laboral —dijo arrojándomelo.

En la cara superior habían sido grabados algunos nombres: Jason Taverner, Ben Tallchief, Redrick Schuhart, Barney Mayerson, Snaut, Rick Deckard, Joe Chip, Janet O'Neill. ¡Esto no es serio! exclamé. No eran nombres de cantantes.

—¿Por qué no? Dije que busco trabajo de personaje, no que sea todos ellos.

—¿Hace de mujer, también?

—De lo que sea —dijo el tipo.

Recordaba entrevistas virulentas que me habían dejado prisionero de ataques de histeria. Recordaba que, en esos casos, el sacrificio solía ser mi única recompensa. Recordaba una infancia maravillosa, llena de cosas vivas que anhelaban ser amadas. Recordaba a los que habían asesinado a mi mujer, simplemente porque no había pagado una deuda. En cierto punto, los recuerdos son sólo datos.

—¿Cuánto pretende ganar? —dije finalmente.

El tipo movió la mano de un modo extraño.

—Con la inmortalidad que otorga la ficción me alcanza. Soy frugal, ¿sabe? No tengo grandes necesidades materiales. Consiguiendo trabajo tengo casi todo lo que se puede anhelar, aquí y en cualquier parte.

—Entiendo. —Volví a leer los nombres impresos sobre el disco. Sabía quienes eran todos esos. El tipo no mentía. Pero no podía consentir una conversación esotérica y ficticia con un personaje que seguramente no existía. En un extremo de la oficina distinguí una estufa de gas pegada a la pared; una gran chimenea de estaño llegaba casi hasta el techo; ese objeto jamás había estado ahí—. ¿Debo interpretar que usted aporta elementos secundarios a las tramas en las que participa?

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—Exacto. Veo que es usted muy perspicaz; parece que me he puesto en manos de la persona indicada.

—No esté tan seguro. —Me miré las uñas. La del índice de la mano derecha estaba sucia; la del anular, en la izquierda, demasiado larga. Todo había sucedido rápidamente desde que el tipo llegara. En realidad ni siquiera sabía qué deseaba exactamente. Vislumbre una luz al final del túnel y me lancé de cabeza, antes de que él cerrara el agujero con alguna sustancia sacada de la manga—. ¿No se siente capaz de hacer de Jean Valjean o de Raskolnikov?

—¿Clásicos? ¡Ni loco! Ciencia-ficción, algo de fantasía, surrealismo, rarezas. Incluso literatura conjetural.

—Eso acota bastante las posibilidades. ¿Cree que alguien puede estar interesado en que usted se meta por la culata de una novela?

Se encogió de hombros. El gesto había pasado suavemente de Planck a Barney y de éste a Bulero y de allí a Eldritch y a Pembroke y a Valentine y a Janet y de ella a Malparto y a Snaut y a Rick y finalmente a Schilling y Ashwood. El gesto había formado un anillo a través de esa serie de personajes y podría seguir sin detenerse, extendiendo el círculo hasta la cuarta dimensión, formando una espiral u otra figura igualmente bizarra. En ese momento tuve la certeza absoluta de que Carlos Alberto Pérez (o Felipe Estanislao Clemdik, como en su insania pretendía llamarse) era un impostor.

—No soy un impostor —dijo el tipo adivinando mis pensamientos y refutando las tesis derrotistas que yo todavía no había formulado. No era una cuestión filosófica irrelevante o falta de sentido: lo que resulta imposible de probar atrae a los partidarios de cualquier doctrina en formación.

—Lo es, de algún modo todos lo somos. —Hice un inventario de los objetos extraños que habían entrado a mi oficina en los últimos minutos: respuestas que precedían a las preguntas, hojas de cuchillo sin filo, melladas y fundidas, cartillas de publicidad de playas inexistentes, cajas de fósforos sin cabeza, vacías, una revista, publicada varios meses atrás, que anunciaba un hecho que todavía no había ocurrido, el envoltorio de un caramelo, que era el envoltorio de un zafiro, que era el ojo de un gato, que era un caramelo ácido. Los mismos objetos heterogéneos de siempre, las mismas pinturas burdas, aunque aportadas por el original personaje que había invadido mi espacio privado como un vulgar depredador de los mundos ficticios. Esas cosas siempre terminan por saberse.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—Vulgar no —dijo el tipo—. Acepto lo demás, pero mi lucha contra la vulgaridad y los excesos no puede ser desconocida.

No me importaban los decires de Felipe Estanislao Clemdik (o Carlos Alberto Pérez); veía estallar ante mis ojos la vulgaridad y mediocridad de todas sus palabras y gestos, que parecían dispuestos a alzarse sobre mi como los leones rampantes de un escudo de armas. El tipo desanudó el pañuelo rojo que llevaba atado al cuello y lo volvió a anudar. Un párrafo entero se metió por el párpado de la habitación y se deslizó pared abajo, siseando como una culebra. Probablemente, pensé, el tipo trabaja las veinticuatro horas del día y toma pastillas para mantenerse despierto. ¿Quién no ha tenido alguna vez un sueño sin estar dormido, quién no ha fantaseado una locura mientras a su alrededor el universo se desmorona? Se me ocurrió que podía salvar el día escribiendo un artículo sobre Clemdik (ni mención del otro, Pérez) mezclando audazmente los hechos reales ocurridos desde que el tipo me invadiera y un poco de la literatura especializada (conjetural, especulativa) que vengo leyendo desde que tengo uso de razón.

—Listo —dije, guardando la ficha en un cajón—; tengo todos los datos que necesito.

—Un artículo no —dijo el tipo—. Escriba una ficción. ¿Así que es escritor? Yo creía que sólo regenteaba esta agencia de colocaciones.

—Las dos cosas —respondí, parodiando a un antiguo personaje de la televisión. De alguna manera tortuosa, cualquier personaje de la televisión era una especie de pariente de Clemdik.

—¡Usted no entiende nada! —exclamó el tipo poniéndose de pie abruptamente. Su rostro había adquirido un tono más rojo que el pañuelo; abría y cerraba los puños, como si se estuviera conteniendo para no arremeter contra mí y molerme a golpes. Empecé a repasar mentalmente todas las novelas que lograba recordar en ese momento, pero no hallé ninguna en la que un personaje se dispusiera a lastimar a su creador. Me sentí acorralado. Abrí el tercer ojo y capté y comprendí los motivos que latían detrás de mi deseo de escapar de ese lugar, dejándole el territorio expedito al adversario. La energía de los complicados diseños que Clemdik (o Pérez) había urdido para atráparme en esa especie de papel cazamoscas estimuló una vibración que me sacudió de arriba abajo, como si yo ya no tuviera ningún control sobre lo que estaba ocurriendo. Miré al intruso: desde lo más profundo de su cuerpo surgió una impalpable riada de odio; estaba forzando los hechos deliberadamente, más allá de lo prudente. Se parecía a un mendigo que de pronto se convierte en ladrón y va agregando amenazas y extorsiones a medida que

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



descubre la vulnerabilidad de su víctima. Me pareció oportuno idear algo que demostrara que yo no había perdido la razón, que no estaba atrapado en los laberintos de mi ficción y que toda la experiencia había sido real, aunque recordara las páginas más irracionales y absurdas que alguien pudiera haber escrito.

—Vamos a cristalizar esto —dije, en parte para frenar su ira y en parte para poner en orden mis propios pensamientos—. ¿Lo conoce a Jota Jota Ramos?

—¡Por supuesto! —dijo el tipo de ropa de cuero y pañuelo rojo, pero sin aclarar nada más.

—Le voy a pedir que publique esto sin hacer demasiadas preguntas, ¿le parece? —Noté que el rostro de Clemdik se torcía en una mueca imposible, como si de repente se hubiera transformado en una máscara de goma.

—No necesito que me haga favores. —Ahora su tono era acre, áspero, rugoso como un estómago de buey—. Vine a pedir trabajo, no limosna.

—Es la única forma de hacerlo. En este universo usted depende de mi tanto como cualquiera depende de su creador en los otros. ¿Qué carajo quiere? —Estaba perdiendo la paciencia, y esa no es una buena señal, en especial si uno ya ha escrito media docena de páginas y lo que había creído un rumbo claro y definido empieza a parecerse a un maraña de calles sin salida.

—No se enoje —dijo el tipo, retrocediendo por primera vez—. Aceptaré lo que me dé. Entendí el funcionamiento. —Si yo tomaba el control, por exageradas que fueran mis maniobras, él debería aceptarlas. En realidad no tenía nada y no podía aspirar a mucho más. Decidí apretar las clavijas.

—Saldrá de aquí y seguirá mis instrucciones —dije con la mayor dureza que logré expresar—. Fue su culpa, amigo y tendrá que encargarse de eso.

—¿Mi culpa, de qué habla?

No lo dejé respirar. —Han ocurrido muchas cosas que ninguno de los dos entiende. Obviamente, no quiero que se tire desde nueve metros de altura por una discusión sin importancia. Pero le marcaré a fuego dos o tres directivas con cargo de eliminación si no las cumple...

—¡Es abusivo!

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—Es, y punto —repliqué—. Eso o nada. Grábese bien lo que sigue. Uno: saldrá de este lugar y esa será su recompensa. Se enterará de que usted es un ser detestable, una entidad abyecta que me he comprometido a destruir. No me interrumpa. Dos. Cuando recorra las calles de esta ciudad, de este país, de este universo se encontrará con una serie de mujeres en dificultades, a las que ayudará a desembarazarse de sí mismas utilizando el método más simple y discreto posible. Usted no es un asesino por naturaleza, lo sé, pero en la piel del personaje obedecerá mis órdenes sin apartarse una línea del guión. ¡Cállese! Tres, lo más importante: para cerrar este relato en tiempo y forma procurará sacarle el máximo partido a la situación; yo no voy a estar allí para encarrilarlo cuando se aparte del camino. Piense que hasta ahora me limité a tirar líneas para que ocupe un espacio en la ficción y que ahora las recojo, subiendo el valor de la apuesta, más que nada para que su participación no sea tan anodina. Y por sobre todas las cosas: para que recuerde quien es el amo.

—¿Terminó?

—Sí. ¡No!

—¿Sí o no?

—Cámbiese el nombre; con ese nombre ridículo no irá a ninguna parte.

El personaje se encogió de hombros. —Lo dejo a su criterio. En realidad no me importa.

Sin volver a mirarlo, empecé a empaquetar los objetos extraños que se habían adherido como lapas a la paredes del texto. Una fuente de energía ilegal envuelta en tela; jarrones de cerámica, grabados, muebles y adornos obtenidos en una liquidación; diversos tipos de piezas de arcilla cocida robadas en un mercado oriental y muchos otros instrumentos diversos arrojados de cualquier modo en el interior de una tolva metálica que había aparecido en los últimos segundos. Luego saqué una ficha en blanco y empecé por el principio. Sin preguntarle nada al tipo, que había quedado paralizado como la mujer de Lot, escribí: Daniel Femouk, treinta y tres años, fantasma...

—¿Qué hace? —gimió el tipo aterrado. El pañuelo rojo se había ido tornando azul a medida que yo escribía; la ropa de cuero parecía de papel; el primitivo resplandor del rostro se había apagado y los pocos cabellos que coronaban su cabeza se desprendían como hierba seca. En su mente no quedaba un solo pensamiento y no había nada que entender.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—Tiene razón —dije. Le eché un vistazo a la ficha, más que nada para estar seguro de que no me había equivocado, la rompí en veinte o treinta pedazos.

Erídano

Suplemento de Alfa Erídiani

Nº 4



TAN LEJOS DE CASA

Cuando entró al bar, ansioso y alterado, Omar Montefiore pareció no advertir lo que estaba ocurriendo. La gente del pueblo, que por lo general a esa hora toma el desayuno en paz y lee el diario junto a las ventanas, formaba remolinos de inquieta incertidumbre cerca del televisor. Yo había llegado cinco minutos antes y aunque por mi condición de forastero y casi absoluto desconocido no hubiera correspondido que los parroquianos me prestaran atención, ya era parte de un animado debate. ¿Debate, dije? En realidad nadie sabía si estábamos discutiendo, desvariando o si simplemente formábamos parte de una pesadilla colectiva de la que no lográbamos despertar. La noticia me había sorprendido al llegar al pueblo y todavía no lograba digerirla. Me hice un segundo para estrechar a Omar en un fuerte abrazo y preguntarle cómo estaba.

—Estoy bien, tirando —dijo—. ¿Los trajiste?

—¿Si los traje? ¿De qué estás hablando? ¡Qué importa si los traje o no! ¿No estás enterado de lo que ocurre?

—¡No los trajiste!

—Sí, los traje, tranquilo. Pero no es momento. —Hice un gesto, abarcando a los parroquianos, el televisor, el planeta entero. Omar no me prestó atención.

—¿Trajiste el de Ángel Vargas con D'Agostino? ¿Sí o no?

—¿Estás bien de la cabeza o la noticia te trastornó más de lo habitual? —Lo miré de arriba abajo. —¿No te da miedo?

—¿Miedo yo, de qué? ¿Estás loco?

—El hombre te habla bien, Omar, y le estás contestando mal —intervino uno de los parroquianos, el que con mayor vehemencia, tal vez, había expresado sus opiniones acerca de la noticia que nos había golpeado y nos aturdí.

—Está bien, déjelo así —dije—, estoy acostumbrado.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—¿A qué estás acostumbrado? —dijo Omar mientras devoraba con la mirada el bolso de lona en el que, él lo sabía, estaban los preciosos discos compactos que me había encargado. En cambio, no había alzado los ojos ni una sola vez hacia el televisor.

—A que no me registres, a que no me prestes atención —dije sin enojo—. Pero me extraña que no sepas nada de lo otro.

—¿Lo otro, qué otro?

—¡Omar! —bramó el mismo parroquiano de antes. Era evidente que lo conocía a la perfección, de toda la vida. Alguien como Omar no puede pasar inadvertido en un pueblo chico. El grito obró como un directo a la mandíbula. Omar abrió los ojos y nos miró como si fuese la primera vez.

—¿Qué pasó?

—¿Aterrizaste? Bueno, ellos también, o están a punto de hacerlo.

—¿Ellos, quiénes? —Quizá sea oportuno aclarar que la obsesión de Omar por el tango superaba largamente lo que cualquiera de ustedes haya conocido en su vida. Un ellos, que en su función de pronombre puede reemplazar a cualquier colectivo, para Omar sólo sirve para designar a los arcángeles: Miguel, Gabriel y Gardel.

—Se cree el ombligo del universo —dijo el parroquiano—. El carácter fortuito de las cosas no es una ilusión provocada por tu habilidad, hombre.

—¿De qué hablan? —dijo Omar—. ¿Quiénes qué?

—Los marcianos, bobo —dije. Omar nos miró con una expresión inefable, mezcla de sano asombro y furor homicida.

—Los marcianos no existen —dijo—. La gente grande no cree en esas cosas.

—Bueno, no sabemos si son marcianos —aclaré. Al advertir que, por una vez en la vida, Omar era permeable a un hecho de la realidad que no estaba relacionado con el tango o la vieja, deduje que la ocasión merecía algo fuerte. —¿Te pido un café con coñac?

—No bebo, nunca bebí en toda mi vida —dijo Omar, arisco—. ¿Adónde aterrizaron? Buenos Aires. No era una pregunta.

Erídano

Suplemento de Alfa Erídiani

Nº 4



—No —dijo un moreno nervioso que se moría por meter baza en la charla—. Por ahora no. Pero sí en Tokio, Londres, París y Nueva York. Las hicieron polvo.

—¡Hagan callar a este loco! —aulló Omar, frenético. Los fanáticos de Rodrigo y la cumbia villera no tienen derecho a abrir la boca. —Se abalanzó sobre el moreno, que reculó, cauteloso. Retuvimos a Omar entre tres.

—Puede —dije—. No es ninguna estupidez, es cierto.

Omar movió la cabeza en todas direcciones en busca del televisor. En rigor a la verdad nunca le había prestado atención a los canales de noticias e ignoraba en qué ángulo del bar estaba ubicado el aparato. —Regalini, usted es un hombre serio, no me va a macanear —dijo, dirigiéndose al parroquiano vehemente. Éste, buen conocedor del carácter de Omar, resumió los hechos sin detalles, crudamente, sabedor de que cualquier digresión podía precipitar al tanguero en analogías arrabaleras de dudosa catadura.

—Lo que se sabe es lo siguiente —dijo Regalini—: sobrevolaron las mayores ciudades del planeta y después hicieron papilla los grandes edificios. La gente, conmocionada, como idiota, si no fue aplastada por los derrumbes vagó por las calles sin entender nada. Eso pasa ahora, en este mismo momento. Ahí están los de la televisión, que no me dejan mentir.

—¿Cómo? No lo está explicando bien. No puede ser.

—Lo estoy explicando bien —insistió Regalini—. La onda, o lo que sea el rayo invisible, pulveriza los edificios, los desintegra. ¿Se acuerda de las Torres Gemelas? Bueno, algo así. No los chocan con aviones, pero los rasca-cielos se vienen abajo.

Todas las miradas convergieron en el televisor. En ese momento se veía una nave cilíndrica, aunque abultada en el centro, como un cigarro, suspendida sobre los edificios de una gran ciudad. Un cartel sobre impreso señalaba que era Hamburgo. Sin que se advirtiera ninguna acción efectuada por el cigarro volador, los edificios empezaron a derretirse como obleas en leche caliente.

—¡Asesinos! ¡Hijos de una gran puta! —gritó Omar, violentamente emocional, como siempre.

—¿Seremos los siguientes? —dijo el moreno.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—Cállese, Carota, no les dé ideas —dijo Regalini.

—No me escuchan; están lejos —dijo Carota.

—No les hace falta estar cerca —aseguré—. Vienen con el libreto aprendido desde casa. Es posible que no hagan mucho más que esto aventuré. Los orgullosos países del Norte se deben estar rindiendo, aunque no sé cómo harán para comunicárselo. Los extraterrestres no parecen muy proclives a la charla afectuosa.

—No se sabe —dijo Omar que había captado la onda del asunto—. Por ahí siguen y siguen hasta que no quede nada ni nadie.

En la pantalla aparecía una escena que yo ya había visto al entrar al bar: una escuadrilla de aviones de combate, siete caza bombarderos, se precipitaba sobre el cigarro arrojando una lluvia de misiles aire-aire. Los misiles se encendían como fósforos, aparentemente a pocos metros de la nave extraterrestre y los aviones se esfumaban en el aire, como pompas de jabón.

—Estamos fritos —dijo Carota.

Un hombre de cabellos blancos, que hasta ese momento había permanecido en silencio observando las imágenes de la pantalla y escuchando los disparatados cruces verbales de los parroquianos, decidió intervenir.

—Creo que tenemos que pensar un poco en lo que está pasando, buscar alguna analogía que nos aproxime a lo que vemos en la televisión.

—¿Se le ocurre algo, profesor? —dijo Regalini.

—Me acuerdo del Eternauta, de Juan Salvo —dijo el profesor—, sólo que esta vez los tomaron por sorpresa y no nos pudieron entregar.

—¿De qué habla? —dijo Carota juntando los dedos de una mano.

—Del Eternauta —dijo Omar, como si supiera—, ¿no oíste?

—El Eternauta era una historieta —expliqué—, que apareció hace años en una revista; una historia dibujada. Un grupo de compatriotas luchaba contra unos extraterrestres insectoides, como escarabajos gigantes, una vez que los países centrales nos hubieron entregado para salvarse.

—¿Qué te hace pensar que una vez que terminen con ellos no se la van a agarrar con nosotros? —Omar hizo un gesto, amenazando a Carota, sin que

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



yo supiera muy bien por qué. Me encogí de hombros y busqué la mirada del hombre al que habían llamado el profesor, pero éste observaba atento la pantalla, donde una vez más, la frialdad de la caída de los enormes edificios contrastaba con la excitación de los locutores, desesperados por hallar alguna lógica entre tanta demencia. El cigarro seguía suspendido, inocente, displicente, como si no tuviera nada que ver con la destrucción.

—Estamos fritos —repitió Carota, haciendo gala de una penosa escasez terminológica. No obstante, y bien mirado, ni las súplicas ni los insultos parecían efectivos para detener el ataque desatado por las naves extraterrestres contra sus objetivos. Captadas por cámaras robot, las escenas de destrucción se sucedían con un vértigo más adecuado a los efectos especiales de una película de ciencia ficción que a la lógica de un genuino ataque militar, dictado por el sentido estratégico o por el simple sentido común. El signo de los invasores era la fuerza bruta y la más absoluta ignorancia de cualquier sutileza.

—Amigos —dijo el profesor con el mismo tono casual con que solía cerrar una clase sobre el paramecio y la ameba—, tarde o temprano nos tocará a nosotros. Si los del norte, con su poder de fuego y la tecnología a favor, no son capaces de detenerlos...

Fui el primero en notar una transformación radical en la cara de Omar. Quizá porque no lo frecuento con la asiduidad de la gente del pueblo, me pareció la viva imagen del doctor Jekyll en el momento de convertirse en el señor Hyde. —¿Qué está diciendo? —Omar es de los que sólo reaccionan cuando le tocan a un ser muy querido, un afecto que le corre por las venas; en su caso, creo que ya lo dije, estamos hablando de la vieja y de Gardel. Pero nadie los había mencionado, por lo que me impresionó la furia con que miró al profesor. Éste, sin alterarse en lo más mínimo, dijo:

—Lo mismo que Carota. Estamos fritos.

—¡Está loco, están todos locos! Si se cree... si esos se creen... —Poseído por el demonio, Omar se abalanzó sobre el profesor y le puso las manos sobre los hombros. A continuación lo zamarreó, incapaz de contenerse—. Ni se le ocurra. Le digo, le prometo, por la memoria de mi vieja y de Gardel, le prometo que si esos, que si estos... —No sabía cómo describirlos, por lo que se limitó a mover el mentón en una dirección imprecisa—. Si estos miserales del espacio, sean quienes sean, quieren guerra, la van a tener. No saben con quien se metieron al mojarle la oreja a Omar Montefiore; soy un enemigo temible, soy. —Hizo una pausa y abarcó con la mirada a todos los presentes, que se habían quedado en silencio—. Acá todos saben que yo estoy jugado;

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



desde que se murió mi vieja no me importa nada. Vivir o morir me da lo mismo.

Yo conocía la historia de Omar. Y supongo que los del pueblo la sabían de memoria. Imagino que un tipo con agallas y sin futuro debe ser feroz en la pelea. Pero en ese momento no se me ocurría cómo pensaba enfrentar Omar a los invasores: unos seres del espacio, unos misteriosos extraterrestres, a los que no les habíamos visto el pelo... ni las antenas. Ni siquiera sabíamos si las naves eran tripuladas o automáticas.

—Omar, tranquilo; el profesor no tiene la culpa.

Regalini cortó por lo sano, subiendo el volumen del televisor. El sonido estridente de la voz de una locutora local, que traducía al galope los gritos histéricos de los periodistas norteamericanos, detuvo a Omar.

—¿Qué dice? ¿En qué habla?

—En castellano; está traduciendo del inglés.

—No le entiendo.

La locutora explicaba que los observadores habían echado a correr las más fantásticas hipótesis. Convocado de apuro, el mayor experto viviente en ciencia ficción, un tal Scott o Ascott, disparaba situaciones sacadas de cuentos y novelas mal recordados en las que unos invasores despiadados saqueaban la Tierra porque se les había terminado el aire, el uranio o las hamburguesas en su planeta de origen. El pobre hombre revolvió los cajones de su memoria con las mejores intenciones, y cuando se le acabaron los relatos apeló a las películas y luego a las series de televisión y terminó inventando unos argumentos que hubieran hecho las delicias del viejo Lafferty, si saben a quien me refiero. Todas las analogías eran descabelladas, incoherentes. Así, sin pausas ni concesiones; destrucción y destrucción, destrucción pura y sin propósito, no había otra cosa que destrucción. A nadie le parecía lógico que los extraterrestres siguieran sin detenerse hasta convertir la Tierra en una tumba planetaria, con miles de millones de cadáveres debajo de billones de toneladas de escombros. Pero eso era exactamente lo que parecían estar haciendo.

—¿A quién le puede servir un planeta totalmente en ruinas? —Lo comenté, casi para mí, pero lo hice en voz alta y recibí una respuesta.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—Quieren el planeta vacío —dijo el profesor—, para ocuparlo y reconstruirlo a su gusto. —Todos lo miramos. Se creó un silencio espeso, a la espera de sus siguientes palabras. Pero él tampoco tenía grandes cosas que decirnos, aunque en ese momento cualquier chispa podía alumbrar como un reflector—. De acuerdo: encontraremos algo de valor revolviendo la basura. Si quieren el planeta vacío es porque les sirve en esas condiciones; conclusión: respiran lo mismo que nosotros, o casi lo mismo. —No era un gran hallazgo, pero sí un punto de partida. Omar sacudió la cabeza. Regalini y Carota lo miraron, ansiosos. Yo lo miré al profesor, invitándolo a seguir.

—Respiran una mezcla en la que predomina el oxígeno; deben ser parecidos físicamente a nosotros; entonces...

—Parecidos... tal vez; no lo sé, puede ser, o no; no importa. Dejemos la cosa ahí. Respiran. No se tomarían todo este trabajo si no fuera para ocupar el territorio luego, ¿no les parece? —Apoyé las palabras del profesor, instándolo a seguir, pero la entrada de dos mujeres al local desvió la atención colectiva e interrumpió el discurso. Maduras, más que maduras, avanzaban con las manos entrelazadas, como si se dispusieran a ejecutar un paso de danza. Una era bastante alta, muy maquillada y con el cabello teñido de un rubio fuera del espectro; parecía pagada de sí misma, despectiva. La otra era castaña, de tez morena, bastante baja de estatura; una inextinguible expresión de espanto les cruzaba el rostro.

—¡Clara! ¡Bruna! —Omar se encendió como un árbol de Navidad. Precipitándose sobre las mujeres, las estrechó en un abrazo—. ¡Qué alegría verlas! —Me miró con intensidad, suspiró y señalándolas con ambos índices, descargó: —¡Las hermanas Barragán! Cantaron con el maestro Enrique Montiel entre 1949 y 1954.

—No es momento, Omar —protestó Regalini.

—No es momento, Omar —se burló Omar—. Si te llevo el apunte, nunca es momento para nada. —Luego, dirigiéndose al único de los presentes a quien una noticia así podía llegar a impactar, o sea yo, dijo—: Lo más grande que hubo, después del Zorzal, claro.

—Salga, Omar, no exagere —dijo una de las hermanas. Si el nombre debe guardar relación con la apariencia, esa debía ser Bruna. La mujer se ruborizó por el desmesurado elogio; de esas ya casi no quedan.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—Aquí apreciamos mucho a las señoras —confirmó sorprendentemente el profesor—. Pero como bien dijo Regalini, no es momento. El mundo se viene abajo, Omar.

En la pantalla del televisor se veía cómo la nave se ensañaba con el edificio del Parlamento Europeo, en Bruselas. Un corte, y las torres gemelas de Kuala Lumpur, en cierto modo un orgullo nacional, se deshacían en migajas. Los extraterrestres no parecían impresionados por la trayectoria de las hermanas Barragán. De todos modos Omar buscó mi apoyo, atento a que la doble condición de amigo y proveedor no me permitiría permanecer indiferente al talento de las mujeres. En ese momento, la más pequeña clavó en mi antebrazo unas uñas como dagas; estaba traspasada por el terror.

—¡Haga algo, señor, haga algo! ¡Nos van a matar a todos! —No lo dijo, lo cantó. Era cierto, sin duda, que la voz de la mujer tenía algo especial, transmitía sentimientos profundos, exacerbados, teñidos de una profunda angustia. Se me puso la piel de gallina. Pero no era el momento para apreciar semejantes sutilezas. La transmisión, en la pantalla del televisor, alcanzaba su cota más alta de dramatismo. En rápida sucesión vimos desaparecer lo que quedaba del Coliseo y el Kremlin; no se andaban con chiquitas. Las imágenes desaparecieron un instante, y cuando regresaron, nos enteramos consternados que los extraterrestres habían arrasado Río de Janeiro.

—Están cada vez más cerca —dijo Regalini.

—Hagan algo, por favor —chilló histéricamente la otra Barragán, aunque sin alzar la voz. La que tenía aferrado mi brazo renovó la presión; las uñas, trabajando desde ambos lados, alcanzaron el hueso.

—¿Desde acá? ¿Quiere que hagamos algo desde esta pústula del universo? —Esta vez el profesor sonó cínico, y también amargado. —Ahora es el turno de Buenos Aires —declaró.

—¡Buenos Aires no! —exclamó Omar, palideciendo—. ¡El monumento! ¡La tumba de Gardel!

—¿Eso es lo peor que puede ocurrir? —El profesor fulminó a Omar con la mirada. Como aficionado al mejor jazz ya tenía bastante con la destrucción de las cuevas donde habían tocado Thelonius Monk, Carlie Parker y Stan Getz. Yo también empezaba a perder la paciencia. ¿Qué podía representar la pérdida de una tumba más o menos cuando todo el planeta estaba siendo convertido en un cementerio?

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—No sé si es lo peor —dijo Omar—, pero tenemos que impedirlo. Estaba pasando del blanco cerúleo al rojo cereza, preparando el ánimo para destrozarse a los extraterrestres, si se diera la ocasión, con sus propias manos.

—¡Están atacando! —exclamó Carota—. ¡Estamos fritos! —En efecto: una cámara captó el instante en que un cigarro extraterrestre se situaba a unos cien metros del Obelisco de Buenos Aires y éste se derrumbaba como una maqueta de telgopor. O tal vez había sido un efecto secundario y el verdadero objetivo era el Teatro Colón; ¿lo sabríamos alguna vez?

—¡El Colón! —bramó Omar—. Ahí tocó el maestro Pugliese. *La Yumba, Negracha, Malandraca y La Mariposa*. ¡Qué concierto memorable! —Semejante alarde de erudición en un momento como ese me sacó de quicio. Mi amigo estaba loco.

—¡Basta, Omar, por Dios! El mundo está en ruinas y se te ocurre hablar de Pugliese. —No me prestó atención.

—Durante años, la gente coreaba: *¡Al Colón, al Colón* y finalmente lo logró. ¿Estuviste ahí? Viviendo en Buenos Aires debiste haber estado el día en que don Osvaldo tocó en el Colón. Yo fui... Se cumplió el sueño. Y ahora éstos. No hay derecho. ¡Monstruos degenerados!

Abandoné desalentado. Regalini y el profesor producían una baraúnda infernal moviendo las mesas y sillas del bar sin un propósito comprensible. Carota había logrado desprender a la más chica de las Barragán de mi brazo y se daba maña para consolar también a la otra, que no paraba de hipar. La suerte está echada, me dije. Me ubiqué de frente a la pantalla, apoyando los brazos en el respaldo de la silla y estirando bien las piernas. Era como disponerse a ver la final del Campeonato Mundial, salvando las lógicas diferencias. Traté de prestar atención a lo que decían los locutores, pero era muy difícil aislar algo concluyente del pandemónium en el que se hallaban sumidos. Los gritos cubrían las palabras y los caracteres sobreimpresos habían desaparecido o comentaban sucesos desfasados. No obstante, en medio de la confusión, me fue posible captar una explicación algo más razonable que las precedentes, ofrecida por un vocero de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos. Lo curioso fue que el hombre, un coronel de apellido Díaz, había olvidado, tal vez por culpa de la excitación, que debía expresarse en inglés y discursaba un español caribeño muy pintoresco. Díaz argumentaba que, a pesar de lo caótico de las circunstancias, se había hecho lo imposible para ponerse en contacto con los extraterrestres. Eran disparos a ciegas, decía Díaz, pero peor era quedarse de brazos cruzados. Se habían transmitido mensajes en todos los idiomas, dialectos, jergas y códigos imaginables. Los

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



habían bombardeado con ondas, misiles y flores. Nada. Los invasores eran inmunes tanto a la violencia física como a los símbolos esotéricos. No entendían. O tal vez ni siquiera estaban allí para entender. Esa estolidez sólo podía significar una cosa: eran artefactos, ingenios automáticos programados para infligir la mayor destrucción viable en el menor tiempo, sin reparar en minucias. Muerte y aniquilación ilimitadas.

Omar se había ubicado junto a mí y se burlaba con gestos, que en otras circunstancias hubieran resultado graciosos, del Presidente de los Estados Unidos, quien hablaba en ese mismo momento desde un refugio secreto excavado en la roca del monte Whitney o en una cueva de los Ozark, cerca de Springfield, vaya uno a saber.

—¿Qué hubieras hecho? —le dije, amoscado—. En el lugar de él. ¿qué hubieras hecho?

—Eso no, seguramente —dijo Omar—. No se ponen en el lugar de los extraterrestres.

—Esta vez no se los puede criticar; nos tomó a todos por sorpresa —protesté.

El profesor, que se había situado detrás de nosotros, dijo señalando la pantalla—: Hay que hacerlos salir de las naves.

—¡Chocolate por la noticia! —dijo Omar—. Eso es como acertar el título de un tango antes de haberlo escuchado.

—Sigo el hilo de mis pensamientos —continuó el profesor sin fastidiarse—. En algún momento tendrá que pasar algo; tendrán que bajar para hacer una comprobación o fallará un motor.

—¡Les fallará un motor! —glosó Omar—. Fallando y fallando te largue parao...

Empecé a suspirar, pero el suspiro, entrecortado y discontinuo, no tardó en transformarse en un acceso de tos. Las palabras URGENTE y ÚLTIMO MOMENTO, superpuestas a los chillidos de los locutores locales e importados, hicieron el resto.

—¿Más urgente? —Regalini se nos había unido, y también el mozo y el dueño del bar, perdida toda esperanza de facturar lo consumido.

—Parece que una descendió —se ufano el profesor—. ¿No lo anticipé?

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



Atropelladamente, los locutores informaban que una nave había descendido en una hacienda del sur del Brasil, a 120 kilómetros al oeste de Curitiba.

—Bajó, no bajó —dijo Regalini; estaba muy alterado—, juguemos a otra cosa.

—Ahora van a bajar por acá cerca —dijo Omar, profético.

El profesor, orgulloso de su acierto, se preparó para intensificar el alcance y la agudeza de sus apreciaciones. Pero los de la Red O Globo no le dieron tiempo. Un equipo móvil ya estaba trabajando en el lugar de los hechos. No era momento para preguntarse cómo lo habían logrado. Una joven periodista de rasgos orientales y cabello trenzado de un modo diabólico, se abrió paso entre unos matorrales espinosos, micrófono en mano y seguida por un cámara vacilante que a veces lograba mantenerla en cuadro y en otras la perdía. Karen Kobayashi, rezaba un cartel superpuesto. Era una mujer bonita y corajuda, nos dijimos al unísono. De a poco, en el fondo de la imagen, se hizo visible la nave, posada en un claro artificial, seguramente abierto a machetazos entre la maleza. Cuando estuvieron a unos veinte metros de la nave extraterrestre se detuvieron. La chica temblaba. La cámara también. No era para menos. Entre jadeos, la periodista transmitía las impresiones que le provocaba el vehículo y sin privarse de nada especulaba acerca de la suerte que correrían si a los extraterrestres se les ocurría aplicar la forma más directa y efectiva de censura. Era su instante de gloria y poco importaba que no hubiera después. La más grande periodista del mundo, aunque dicho en portugués brasileño debe sonar todavía mejor.

Algunos datos precisos, de primera mano. La nave extraterrestre no parecía mayor que un ómnibus de larga distancia. Estaba pintada de un verde oscuro que se tragaba la luz que la rodeaba y emitía un suave ronroneo, más visible que audible.

—Ahora salen —dijo Omar—. Apuesto. Enanos verdes como los de la película esa. Yo la vi. Esos que liquidaban a todo el mundo. Liquidaban a Nicholson, el de esa otra del manicomio...

Si el tango era la sustancia que Omar respiraba, las películas de ciencia ficción eran una droga nociva con la que se inyectaba de tanto en tanto. No las entendía y en eso radicaba el placer: le abrían un panorama inagotable de quejas y porfías. Pero aunque por un momento se había alejado de las hazañas vocales de Mercedes Simone y de los ventarrones de Maffia, su mente trabajaba con vocación de puñetazo. Apostaba para ganar. Y por lo

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



general ganaba. Sólo que se había terminado el tiempo de las especulaciones. Los sucesos se precipitaron de tal modo que, si bien me veo obligado a narrarlos aquí de un modo convencional y sucesivo, en la realidad gozaron o sufrieron de una vertiginosa simultaneidad.

—¡Sí, están saliendo! —exclamó Regalini. En ese mismo momento un chico de unos nueve o diez años entró al bar a la carrera y se trepó a Carota como si éste fuese un árbol.

—¡'n bajando! —farfulló el chico.

—¿Aquí? —La menor de las Barragán pronunció la palabra como en los tiempos viejos: más que una palabra fue un gorjeo. La hermana le cubrió la boca con la mano y ahogó un sollozo. Justo nos tenían que venir a tocar las Barragán en un momento como ese.

En la pantalla, las imágenes llegadas desde el sur del Brasil, mostraban la escotilla de la nave abriéndose, y tras unos instantes de suspenso insoportable, una serie de insólitas criaturas extraterrestres saltó a tierra. A la tierra de la Tierra, claro.

¿Cómo describirlas? Menos de un metro de altura; es decir, pequeñas si las comparamos con las dimensiones de los seres humanos. Lo primero que pensé fue: ¿esas mierditas causaron tamaño estrago? No puedo mentir: lucían frágiles, tristes, despreciables. De la región ecuatorial del tronco surgían seis extremidades de tamaño uniforme que se movían aleatoriamente hacia arriba y abajo, jugando de brazos o piernas sin obedecer a una secuencia lógica. Hagámosla corta. Parecían los honguitos bailarines de la película *Fantasia*. Lo que con un poco de buena voluntad podríamos llamar *cabeza* exhibía una serie de orificios ornados con cerdas oscuras, los ojos, y alrededor del *cuello* aparecían bandas de colores intensos. El conjunto inducía a pensar que las criaturas extraterrestres eran vagamente humanoides, aunque había que poner voluntad para no largarse a reír. Quizá el permanente eco de la catástrofe que habían producido fuera lo único que nos detenía a la hora de hacerlo.

Mientras la transmisión desde Brasil continuaba mostrando a los once invasores salidos de la nave, pude oír de primera mano, aunque en segundo plano, la historia que el chico, trepado como un mono al cuerpo de Carota, mascullaba entre sollozos y arcadas. Nuestro descenso local de extraterrestres no difería gran cosa del carioca.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—Campo del tano Cosentino —decía el chico—. Como hongos, ¿vieron? Y ruidos de silbidos y como de ranas. De asustados de nosotros y nosotros. Llamaban. Y los animales corrían. No nos lastimaron y nos entró un frío en la cabeza. Los hongos, ¿vieron? Y se metieron en el tanque del tano y los animales volvieron.

No se podía sacar gran cosa en limpio. El chico estaba tan asustado que sus palabras, cuando lograban salir de la boca, se atropellaban y anudaban.

—¿Qué me dice profesor? —inquirí sustrayéndome por un momento de la vorágine. El profesor se encogió de hombros y señaló la pantalla con la barbilla. Una nave, estacionada sobre una ciudad importante, tal vez Lima o Valparaíso, cumplía su ritual de demolición. Los estragos eran indescriptibles y el contraste con las escenas que acabábamos de presenciar, con los extraterrestres desembarcando como inocentes hongos marineros en su viaje de egresados alrededor del universo, inaudito.

—Pobrecitos —murmuró Omar. Su instinto le decía que era un comentario para formular entre los muy íntimos, dada la alta volatilidad de los ánimos. No obstante, no estaba tan errado. Yo mismo había empezado a pensar que la destrucción podía tener algún ribete involuntario, ser un fenómeno accidental relacionado con maniobras de aterrizaje o inversiones de campos dinámicos o rajaduras en la configuración del espacio. Para mi perjuicio, expresé la idea en voz alta, sin reparar en la imprudencia que cometía haciéndolo.

—¿Accidental? ¿Involuntario? —El profesor me miró como si yo me hubiera convertido en uno de los mentados extraterrestres delante de sus ojos. —¿Le parece que pueden haber hecho todo este daño sin querer? Ay, perdón —se burló, con voz meliflua— le atomicé Londres y París sin darme cuenta.

Mientras soportaba estoicamente la reprimenda del profesor, creí percibir un cambio en las imágenes mostradas en la pantalla del televisor, que habían regresado a la hacienda del sur del Brasil. La periodista y el camarógrafo de la red O Globo se habían aproximado más de lo que aconsejable a los seres extraterrestres fungiformes, quienes seguían amontonados junto a la nave y parecían buscar una respuesta a algún enigma complejo en la observación del paisaje, o eso imaginé. Los espasmódicos movimientos de las extremidades y las torsiones anormales de las *cabezas*, sumados a los silbidos que emitían, me llevaron a pensar que comentaban entre ellos las incidencias del aterrizaje, las características de la flora y el ambiente. Por lo demás, parecía partida tablas, ya que nadie parecía dispuesto a dar el siguiente paso.

Erídano

Suplemento de Alfa Erídiani

Nº 4



—Vamos al campo del tano Cosentino —dijo Omar, súbitamente inspirado.

—¿Vamos? —pregunté—. ¿Quiénes?

—Todos —replicó él, con firmeza.

—¿Nosotras también? —dijo una de las Barragán.

—Especialmente ustedes. —Omar giró la cabeza con brusquedad y encaró a Regalini. —¿La cuatro por cuatro? ¡La camioneta! —Por una vez en la vida Omar omitió el chiste; lo había oído decir la dos por cuatro más de una vez.

—Está ahí afuera —dijo el hombre—. También tengo la escopeta.

—No va a hacer falta. De pasada levantamos a Demarco y a Roldán. Avísenle por teléfono para que estén preparados; con los instrumentos. Después no paramos hasta el campo del tano.

—¿Les vamos a dar una serenata? —dijo el profesor, zumbón.

—Más o menos —dijo Omar—. Tengo una idea.

Omar tenía una idea. Y cuando Omar tiene una idea, si lo conozco un poco, es una idea con guitarra y bandoneón. La presencia de las Barragán y de los músicos sólo podían tener un propósito.

Viví los minutos siguientes como suspendido en una nube de polvo, densa, casi sólida. La cuatro por cuatro recogió a Demarco y a Roldán y salió del pueblo con todos nosotros a cuestas. Regalini al volante, urbano y galante, y las hermanas Barragán a su lado. También adelante iba el chico, que conocía la última parte del trayecto como nadie. Atrás, amontonados como melones, la orquesta de Juan D'Arienzo en pleno. Me dolió, y tal vez en ese dolor había un dejo de morbosidad, apartarme del televisor, como si la urgencia sólo pudiera ser colmada por el avatar periodístico. Pero la perspectiva de vivir el espectáculo más en vivo y directo que cualquier cosa que pudieran ofrecer los medios, compensaba el sacrificio.

Encaramos un camino de tierra en mal estado a un par de kilómetros del pueblo y entre sacudones y bandazos nos internamos en los campos. El del tano Cosentino estaba a unos doce de marcha y la nave extraterrestre a escasos quinientos metros de la casa. Nos quedamos petrificados al verla; una cosa es la televisión y otra tenerla al alcance de la mano, aunque Regalini

Erídano

Suplemento de Alfa Erídiani

Nº 4



detuvo la cuatro por cuatro a una distancia prudencial. Los once extraterrestres parecían a punto de celebrar un picnic, pero su aspecto era tal y como se había visto en las transmisiones, triste, miserable, una auténtica porquería. Además: ¿por qué siempre eran once? ¿Casualidad? Alejé, por inoportuna, cualquier fácil analogía.

—¡Pobrecitos! —musitó la más oscura de las hermanas Barragán, Bruna, sigo imaginando; no hubo ocasión ulterior para ratificar o rectificar esa presunción. Recuerdo que me planteé seriamente preguntarle para salir de dudas, pero el virulento estallido del profesor me detuvo en seco.

—¡Abundan los defensores de pobres! Antes Omar, este hombre acá, que vino de Buenos Aires, y ahora usted. ¿Se puede saber qué les despierta la compasión a ustedes? Son invasores extraterrestres, están haciendo pelota el planeta, nuestro planeta, el único que tenemos, ¡qué joder!

—No se enoje, profesor —dijo la Barragán—. Ya sé que son bastante malos. Pero, mírelos.

—¿Mírelos? Los miro. Veo a unos asesinos sádicos y sin alma. ¿Usted ve otra cosa? ¡Bastante malos!

—Y... son chiquitos.

El profesor alzó la mirada al cielo.

—¡Vamos! —exclamó Omar—. No se queden papando moscas. Ustedes, Demarco, Roldán, y las chicas: ataquen con la de Cobián y Cadicamo, como les dije.

Demarco y Roldán se miraron entre sí y se encogieron de hombros. Guitarra y bandoneón exhibieron unos compases disonantes, como raspones de uñas de metal. La más chica de las Barragán se aclaró la garganta con un menguado carraspeo y la voz se proyectó por las pistas del mediodía con la generosidad de una hermana de la calle especializada en ciegos y tullidos.

—Barrio tranquilo de mi ayer, como un triste atardecer, a tu esquina vuelvo viejo...

La otra se acopló, una octava más abajo, con los versos siguientes.

—... vuelvo más viejo, la vida me ha cambiado, en mi cabello un poco e'plata me ha dejado...

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



Un chillido agudo cortó en dos la última palabra cantada por la Barragán. Los que teníamos los ojos clavados en los extraterrestres advertimos de inmediato un cambio intempestivo y rotundo en la apariencia de los extraterrestres. Si la primera impresión había sido que medían menos de un metro de altura, ahora se ponía de manifiesto que habíamos sido generosos con la estimación: los seres del espacio encogían, se achicaban. Y no sólo eso: las extremidades se retorcían como gusanos tratados con ácido muriático y los anillos de colores intensos giraban produciendo un efecto hipnótico, como una de esas antiguas barras de barbería.

—¡Sigán, sigán! —exclamó Omar—, no se detengan. Está dando resultado.

¿Dando resultado? ¿Era obligatorio deducir que el efecto era producto de un plan maestro pergeñado por mi amigo? Sin tiempo para sacar conclusiones, advertí que, con esfuerzo, las Barragán daban a luz los versos siguientes.

—... yo fui viajero del dolor, y en mi andar de soñador, comprendí mi mal de vida.

—... y cada beso lo borré con una copa, las mujeres siempre son, las que matan la ilusión...

—¡Eso! —gritó Omar—. ¡Hay que matarles las ilusiones, hacérselas pelota! —La sola mención del hogar lejano parecía producir un efecto devastador en los extraterrestres. Estuviera donde estuviere la casita de sus viejos, si los tenían, claro, conjeturé, la enorme distancia que los separaba de su planeta de origen magnificaba la nostalgia. Seguramente no entendían la letra del tango, pero la música, por sí sola, era concluyente. No hacía falta que mi amigo, eufórico, proclamara el efecto que estaba facturando la interpretación de las Barragán. Los once invasores, reducidos al tamaño de botellas de gaseosa de dos litros, giraban como trompos de madera. Los silbidos penetrantes que emitían nos perforaban los tímpanos y ya se habían cobrado una víctima: Roldán, especialmente vulnerable a las frecuencias altas, había dejado el bandoneón a un costado y se tapaba los oídos con las manos. Regalini, hombre práctico, se aproximó al invasor más cercano, revoleó la pierna derecha y lo calzó de abajo con tanta fuerza que la criatura pasó por encima de una línea de paraísos que flanqueaban el claro.

—¡Esta fue por Buenos Aires! —exclamó. Los otros diez extraterrestres parecieron salir de un trance. Dejaron de girar y se agruparon como ancia-

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



nas en medio de un tiroteo. ¿Esos eran los despiadados destructores de monumentos, iglesias y palacios?

—¡Vengan, muchachos! —estalló Carota, consentido por el resultado de la primera patada.

—¡Momento! —La voz grave de Omar, que parecía proyectarse desde las profundas galerías de la caverna de Polifemo, suspendió en un segundo toda actividad destinada a convertir a los invasores en objeto de una despiadada carnicería—. Seamos civilizados. Si estos bichos reaccionaron tan vivamente a los versos de Cadícamo, significa que entienden el idioma, o la melodía los mandó a otra dimensión, o que sé yo. Pero antes de despacharlos para la quinta del ñato propongo que hagamos un intento de comunicación. Me miró con intensidad y pidiendo aprobación. ¿Se te ocurre algo?

No se me ocurría. Los extraterrestres habían reaccionado, de alguna manera, a *La casita de mis viejos*, pero estaba lejos de poder explicar razones y circunstancias. Al principio nos habían parecido, progresivamente, frágiles mierditas, hongos tristes y despreciables, pobres criaturas, tan solos y lejos de casa, etcétera. Ya no. Finalmente, más por decir algo que por aportar una idea positiva, propuse: —Habría que terminar la canción y ver qué pasa con ellos.

—¡Eso! —Omar buscó a los músicos y a las Barragán con la mirada. Rol-dán estaba tirado en el suelo, hecho una piltrafa. Le había pegado duro el ultrasonido, por lo visto. Pero Demarco parecía entero—. Con guitarra o a capella, da lo mismo. Sigán.

La más chica de las Barragán, que resultó ser más corajuda que la Madre de Brecht, movió la cabeza y atacó:

—Vuelvo vencido a la casita de mis viejos, cada cosa es un recuerdo, que se agita en mi memoria —y sin esperar a la hermana siguió—, mis veinte abriles me llevaron lejos, locuras juveniles, la falta de consejos. Hay en la casa un hondo y cruel silencio huraño y al golpear como un extraño me recibe el viejo criado, habré cambiado totalmente que el anciano por la voz tan solo me reconoció...

—¡Suficiente! —dijo Omar. Se aproximó a los extraterrestres y dominando el deseo de escupirlos les plantó cara como un periodista que se dispone a entrevistar a un político corrupto—. ¿Tienen bastante o les tiro con *Mi Buenos Aires querido*? Esa te disuelve en menos de sesenta segundos aunque seas de piedra negra.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



Lo que siguió fue la frutilla del postre de toda la serie de acontecimientos bizarros que nos venían apaleando desde las primeras horas del día. Uno de los extraterrestres, con una voz enfermiza, como si fuera la de una pobre vieja que vende flores en la puerta del cementerio, encontró su cauce:

—Perdón —dijo—. Lo hicimos sin querer. No nos dimos cuenta de que era un mundo habitado. —No había acento ni tartamudeo en las palabras pronunciadas por el extraterrestre; las había encontrado sin dificultad. Nos hablaba mirándonos a los ojos (o eso nos pareció), y esos ojos parecían nublados por el llanto, como diciéndonos: por qué tardaron tanto en detenernos.

Omar, varón sensible, acusó el impacto. En un segundo borró de su memoria que estos extraterrestres, u otros análogos, se habían cargado a Tokio, Londres, París y Nueva York, que los rayos destructores, o las vibraciones, o lo que usaran para demoler todo a su paso, habían derretido el obelisco, el Teatro Colón y el mismísimo mausoleo de Gardel. Se olvidó de todo, les aseguro. Que los extraterrestres se disculparan con urbanidad y usando las palabras de Cadícamo, le llegaba al corazón. Se congeló el mediodía en un silencio arcaico, de otro tiempo. Dejó de oírse, incluso, la respiración de las personas.

—¿Por qué, carajo, por qué? —dijo finalmente mi amigo, pero lo dijo sin enojo, usando, tal vez, cierto tono admonitorio, heredado de su madre muerta, maestra de primeras letras en su juventud.

—Ya nunca más hemos de partir —dijo el portavoz de los extraterrestres—, y a tu lado hemos de sentir el calor de un gran cariño; sólo una madre nos perdona en esta vida. Es la única verdad, es mentira lo demás.

Eso superó todo lo que podíamos soportar. Nadie se preocupó por saber a qué talentos habían apelado los invasores para conocer completa la letra del tango. Probablemente eran telépatas y lograron exprimirla del cerebro de las Barragán. O quizás habían creado un campo ilusorio a nuestro alrededor y en él metieron, como el Maestro en la tercera expedición, todos los anhelos, expectativas y esperanzas que alentábamos en esos aciagos momentos. No alcanzó.

Los agarramos a patadas y los estrellamos contra los árboles; los pisoteamos y reventamos como si fuesen bolsas de plástico rellenas de agua; los deshicimos en trozos tan pequeños que el mejor cuerpo de medicina forense del mundo hubiera tenido serias dificultades para reconocer materia orgánica entre los restos.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



Omar Montefiere, desencajado, a los gritos, rogando y gimoteando, pedía por los invasores, pero nadie le hacía caso.

—Están lejos de casa —suplicaba—. Extrañan. Quién sabe si volverán a ver a la vieja. ¿Son estúpidos, ustedes, o qué? ¿No se dan cuenta que reconocieron el error? Lo hicieron sin querer; no sabían que estaban dañando las ciudades. Son como chicos, ¿se dan cuenta? Mataron gente, es cierto, pero muchos más mueren todos los días en accidentes de tránsito y nadie dice nada.

Y así por el estilo.

Regresamos al pueblo a la carrera, con Omar desconsolado, hipando abrazado a las hermanas Barragán. Nos comunicamos con Brasil y les comentamos lo ocurrido. Ellos no tienen tangos, o por lo menos no lo reconocen. Pero tienen a Joao Gilberto. Tendimos las redes y la noticia se diseminó por el planeta en pocos minutos. Les dijimos que usaran una canción que hablaba de los afectos y el hogar lejano; todos los cancioneros tienen temas así.

Dos días después no quedaba un solo invasor. Nos apoderamos de las naves y aprendimos a usarlas.

Oscar Montefiore cayó en un pozo depresivo agudo y se murió mucho antes de que la primera expedición pasara por el embudo que comunica al Sistema Solar con el de Centauro. El embudo está ubicado a menos de un millón de kilómetros de la Luna. Como no tenía nombre los científicos lo bautizaron embudo Montefiore.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



ÚLTIMO RECURSO

Reuní a todos los Ministros y Secretarios en el Salón de las Banderas. La agenda contenía un único tema: la catástrofe. Y la catástrofe apareció ante nuestros ojos, desnuda y virginal como una novia.

—No queda ni un cobre en las bóvedas —dijo el Ministro de Hacienda.

—Por lo tanto estamos fundidos —clarifiqué.

—No, señor —replicó el Ministro de Hacienda—. No queda ni un cobre en las bóvedas.

—Bien, entiendo, correcto. ¿Se les ocurre algo?

—¡No! —exclamaron los ministros y secretarios, a coro.

Observé tres docenas de bocas perfectamente circulares, demorándose en la O. Sólo detecté una boca cerrada: la de un secretario de una repartición recóndita, subalterna y mal considerada por sus pares. El Secretario me miraba fijamente a los ojos, desaprobando a su vez la unánime capitulación de sus colegas.

—¿Debo interpretar que a usted sí se le ocurre algo? —le dije encarándolo sin más trámite, seguro de que ese era el fundamento de su expresión insolente.

Él me siguió desafiando con la mirada, sin decir agua va. Sólo cuando empezaba a perder la paciencia y a punto de poner el asunto en manos y artefactos del Secretario de Seguridad Interior, el desvergonzado se aclaró la garganta y dijo:

—En efecto, se me ocurre algo. Algo descabellado, estrafalario. —Y volvió a encerrarse en su descomedido mutismo.

Busqué apoyo en mis colaboradores. El Auditor General comentó, tras unos segundos de incómoda vacilación: —Es el Secretario de Asuntos Estrambóticos.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—Ah, hubiéramos empezado por ahí. ¿Cuál es su estrambótica propuesta?

El Secretario de Asuntos Estrambóticos se volvió a aclarar la garganta, como si un enorme pollo hubiera puesto un huevo en ese sitio y lo estuviera empollando. Las palabras que salieron de la boca del funcionario sonaron acordes con tal peripecia. —Estamos perdidos: ¡ataquemos!

—¿Cómo dice? —Había oído las palabras, pero se me escurría el significado. El Secretario de Asuntos Estrambóticos no se inmutó.

—Estamos perdidos —insistió—. Por lo tanto, ataquemos.

—¡Muy delicado y primoroso! —dijo—. Ataquemos. Si tenemos éxito habremos demostrado el triunfo de la voluntad sobre la lógica.

—Estamos ubicados en la posición ideal para hacerlo; todas las configuraciones nos favorecen. —El Secretario de Asuntos Estrambóticos se aclaró la garganta por tercera vez. —El Ministro de Hacienda declaró, y quedó claro, que no tenemos ni un mísero níquel.

—Tergiversa mis palabras —protestó el Ministro de Hacienda—. Dije: no tenemos un cobre.

El Secretario de Asuntos Estrambóticos siguió con su propuesta, omitiendo la interpolación del Ministro de Hacienda. —Hasta ahora, la abundancia ha sido el mayor obstáculo para encontrar la salida.

—Si llama abundancia a la pobreza que precedió a la actual miseria... —El tipo empezaba a exasperarme. Conozco el paño: muchas palabras pretenciosas para decir nada.

—Abundancia —prosiguió él atravesándome como si yo, el Presidente, estuviera hecho de humo —es cualquier número superior a cero. Sólo ahora, que hemos alcanzado el cero matemático absoluto y, como bien manifiesta el lúcido Ministro de Hacienda, no tenemos un cobre, estamos en condiciones de poner en funcionamiento el plan elaborado por la Secretaría a mi cargo. Un plan ingenioso, debo decirlo, aunque suene en cierto modo pedante. Se llama Proyecto Inversión de Fase.

—Estamos perdidos, ¡ataquemos! —se mofó el Ministro de Transportes Aéreos—. ¿Me puede explicar, si no es mucha molestia, con qué se propone atacar?

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—Como no es mi propósito agredirlo, ni siquiera ofenderlo, no contestaré a su brulote con otro. Pero indiscutiblemente no atacaremos con sus aeronaves, señor Ministro. Si tuviéramos una gota de combustible para verter en los tanques, ya no podríamos hablar con propiedad de un cero matemático, ¿no es cierto?

El Ministro de Transportes Aéreos se plegó en ocho, abrumado por el bochorno, y se escondió en un cajón de la gran mesa oval.

—No voy a simplificar algo que luce embrollado —dije tratando de poner paños fríos—. Pero no podrá refutar la siguiente premisa: para atacar hacen falta recursos, fuerzas, estrategias, e incluso un enemigo. Ya tratamos, infructuosamente, de inventar uno...

—En principio, y para su sorpresa, debo decirle que sí. Seguramente un enemigo no nos vendría nada mal. Pero a falta de un enemigo convencional podemos habilitar uno conjetural, ¿qué les parece? Ataquemos al enemigo conjetural con una estrategia conceptual, usando la fuerza de la costumbre y el recurso desesperado. A eso lo hemos llamado Proyecto Inversión de Fase.

—¿De qué está hablando? —dijo el Director de Inteligencia desmereciendo su condición; susurraba en mi oído como una mosca de la fruta. No le contesté, ensimismado en el sicalíptico discurso del Secretario de Asuntos Estrambóticos.

—Continúe, continúe —urgí—. Todos nuestros recursos están agotados, nuestras fuerzas consumidas. ¿Obtendremos algo de la conjetura?

—Sí —respondió el Secretario de Asuntos Estrambóticos—, siempre y cuando descifremos el enigma: todo haber es un obstáculo, toda posesión un freno. Es menester llegar, como ya dije, al cero absoluto. En cambio, si hubiera un solo centavo en las arcas...

—Dije un cobre —insistió, fastidiado, el Ministro de Hacienda.

—Un cobre, un centavo, da igual, nos conducirían por el camino erróneo hacia el abismo. —El Secretario de Asuntos Estrambóticos abarcó con una tajante mirada al plenario de Ministros y Secretarios. —Puedo citar docenas de casos en los que el bando que contaba con recursos, fuerzas, estrategias y objetivos fue vencido por el que no tenía nada.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—¡No, por favor! —musitó el Ministro de Guerra, quien en tiempos mejores había sido sistemáticamente derrotado por cuanto adversario saltara al ruedo, en especial por aquellos que contaban con escasos recursos etcétera.

—Señoras y señores: nada me daría más placer que malgastar el valioso tiempo de ustedes, en el caso de que lo tuvieran. También el tiempo se ha agotado y no tenemos cómo recuperarlo. —El Secretario de Asuntos Estrambóticos sonrió por primera vez. —Usemos el único capital que mana en abundancia, el único que tenemos al alcance de la mano y que sistemáticamente hemos ignorado.

—¿Qué tenemos en abundancia? —dijo el Ministro de Hacienda con los ojos rutilantes de excitación.

—Nada abunda en nuestro país, señor Secretario; no se burle de nosotros —completé.

—Discúlpeme, señor Presidente; se equivoca. —El Secretario de Asuntos Estrambóticos hizo una pausa efectista, tal vez para acentuar el impacto de su siguiente declaración, tal vez para ponerme en ridículo. Pero ya ni eso me importaba. —Tenemos tanto material negativo disponible que cien años serían insuficientes sólo para realizar un inventario.

—¿Qué quiere decir con eso de *material negativo*? —inquirió el Secretario de Fotografía y Revelado, inquieto.

—¡Material negativo! —se exasperó el Secretario de Asuntos Estrambóticos—. ¿Debo explicar todo con pelos y señales? ¿Necesita una monografía por cada frase expuesta?

—Saltee la retórica, por favor —lo apremié—. Mencione el material negativo y ya.

—De acuerdo, señor. —El Secretario de Asuntos Estrambóticos se echó hacia atrás y pareció crecer unos centímetros, satisfecho por anticipado del impacto que causaría su exposición. —Hablo de los cinco engendros de la corrupción y el desaliento —abrió la mano en abanico, exponiendo cinco dedos a la consideración general—. La enfermedad. —Plegó un dedo. —La vejección. —Plegó otro. —El pesimismo, el desamparo y principalmente, por los efectos que causa en la mente y en el cuerpo de la gente, el hambre —concluyó plegando los otros tres dedos.

El coro de Ministros y Secretarios, al unísono, exclamó: —¡El hambre!

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—El hambre, sí —dijo el Secretario de Asuntos Estrambóticos sin inmutarse—. Tenemos todo el hambre que necesitamos. Lo hemos dejado pasar a nuestro lado como si un bien tan pródigamente dispensado por la Naturaleza no existiera, no sirviera para nada. ¡Somos unos monstruos abominables! Nuestra falta de inteligencia para advertir que la solución estaba al alcance de la mano es formidable. Definitivamente, somos tarados.

—Si se refiere al hambre de los Ministros y Secretarios aquí presentes —interrumpí—, deberá usted convenir conmigo que ha sido saciado decorosamente hace un par de horas. Usted mismo...

—¡Por supuesto! He entendido la índole metafórica de la expresión: *no tenemos un cobre*. Sé por propia experiencia —se golpeó el pecho con el puño, suavemente, y emitió un sonoro eructo— que hemos ingerido un almuerzo succulento. Pero el pueblo, la gente, las hordas de indigentes que apestan las calles de nuestras ciudades, dilapidan el hambre como si fuera un don inagotable. Estamos tirando oro y diamantes al sumidero, lo digo literalmente.

—¡Bingo! —escupió el Director de Inteligencia—. O sea que acabamos de entregar nuestros oídos al culebrón titulado *Los desalmados Panzallena*, escrito y protagonizado por nuestro distinguido par, el Secretario de Asuntos Estrambóticos.

—No me interprete mal, señor Director, y no me agregue a sus listas negras, se lo suplico. —Se sentía en paz consigo mismo porque esperaba la agresión. —Estoy fijando los parámetros para proyectarlos a la posición adecuada, estoy delineando la configuración para que todos ustedes sepan por qué territorio habremos de movernos. Hablé del hambre en tanto materia prima del producto que vamos a facturar para despegarnos de la crisis que nos agosta.

—¡Saquen al estrambótico! ¡Sacrifiquenlo! —aulló la Ministro de Cultura escupiendo de colmillo una sustancia verde que describió un arco e hizo certero impacto en la salivadera de oro puro que había sido obsequiada por el último rey de los jázaros. Pensé por un momento: si la salivadera es de oro... No, imposible; no podíamos disponer del patrimonio estatal con semejante ligereza. Después mi atención fue arrebatada por otro asunto. La Ministro de Cultura se había proyectado en trayectoria de colisión hacia el cuello expuesto del Secretario de Asuntos Estrambóticos.

—No se irriten —dije—. No se inquieten. No se alteren. —Traté de apaciguarlos moviendo las manos. Dos fornidos y bien alimentados elementos de

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



mi guardia personal entendieron el código empotrado en las tres negativas y despacharon a la Ministro de Cultura como si se tratara de un cuarto kilo de queso mantecoso. Mi gesto, en su versión superficial, fue aceptado a regañadientes por los conmocionados Ministros y Secretarios. Hicieron silencio. —Siga, por favor, señor Secretario de Asuntos Estrambóticos.

—Gracias. Me ceñiré a lo esencial, ya que he advertido cierta hostilidad y una actitud de oposición a mis decires por parte de los distinguidos colegas aquí presentes. No obstante, lo negativo será positivo cuando termine de exponer mi brillante idea. —Hizo una pausa efectista. —Debí decir: la idea concebida colectivamente por la Secretaría de Asuntos Estrambóticos, en pleno.

—Rememoremos a Baltazar Gracián —dijo la Ministro de Agendas y Almanagues.

—El hambre es una materia prima ideal —siguió el Secretario de Asuntos Estrambóticos sin prestar atención a la astuta interpolación—. Tomamos a un hambriento, cuanto más hambriento mejor, le aplicamos la inversión de fase y, ¿qué obtenemos?

—¡Un saciado! —se burló el Secretario de Provisión Nutricional para la Infancia Famélica. Las sonoras risotadas de Secretarios y Ministros acompañaron el ingenioso comentario. Pero el lance se congeló en el aire tras la réplica del Secretario de Asuntos Estrambóticos.

—¡Exacto! —concedió éste ante el generalizado estupor—. Obtenemos un saciado. ¿Para qué sirve un saciado? Lo contesto a la carrera, ya que los noto un tanto impacientes. Un saciado sirve, sobre todo, para ahorrarle tiempo a los decodificadores de metáforas. Ubicamos a un hambriento frente a una persona de bien y esta se sentirá desasosegada, triste, deprimida, contrita. Pero ¿qué ocurre si le ofrecemos un saciado? Un saciado, con su faz rubicunda y su panza tirante, los eructos a flor de boca y la modorra zumbando en su cabeza como un enjambre de abejas, proporcionará una sensación refrescante y optimista, casi eufórica. Por lo tanto, conclusión preliminar, convengamos en que un saciado opera como un disparador autónomo de la felicidad colectiva. Ahora, dirán ustedes, ¿cómo logro transformar, no uno, sino millones de hambrientos, en saciados disparadores autónomos etcétera? La respuesta es sencilla: utilizando el inversor de fase.

—¿Qué es, cómo opera el tan mentado inversor de fase, de dónde lo sacó? —dijo maliciosamente el Secretario de Energía.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—Como el interruptor de la luz —respondió el Secretario de Asuntos Extrabóticos sin inmutarse.

—No entiendo.

—¿Entiende cómo opera el interruptor de la luz?

—No, ¿debería entenderlo?

—En absoluto. Pero su cara y su casa y su cama y su cava se iluminan cuando usted lo pulsa, ¿verdad? Clic, clac, clic, clac.

—Verdad —convino el Secretario de Energía.

—Entonces: si hemos aceptado que sería deseable mejorar el ánimo colectivo transformando a los hambrientos en saciados, podemos pasar a la siguiente fase de la docta explicación que he emprendido. ¿Alguien, por casualidad, tiene un hambriento para prestarme?

—¿Va a hacer una demostración aquí mismo, ahora mismo? —balbuceé, atónito.

—Si alguno de los colegas aquí presentes me puede proporcionar un hambriento, en efecto, haré la demostración aquí y ahora.

Con un pase de manos que hubiera hecho las delicias del Secretario de Circos y Festivales (ausente por razones que no expondré en este momento), el Ministro de Deportes y Recreación extrajo una niña de unos cuatro años de una bolsa de lona que llevaba colgada del hombro. La niña, además de notoriamente hambrienta, estaba asustada y casi asfixiada. Tenía unos espléndidos ojos violeta, como Elizabeth Taylor, bordeados por un festón rojo, seguramente producto de un llanto prolongado.

—Muy previsor, señor Ministro —dije oliendo un fuerte tufo a puesta en escena.

—No crea, señor Presidente —se defendió el Ministro—. Es pura casualidad. Cuando me cruzo con una niña de cuatro o cinco años, notoriamente hambrienta, asustada y cuyos ojos me recuerdan a los de Elizabeth Taylor, suelo levantarla del suelo, la meto en la bolsa y la transporto hasta mi casa de campo. Allí, las niñas de cinco y hasta doce años se crían muy bien si se las ubica junto a las aves de corral. Inclusive, al cabo de algunos meses, hasta empiezan a poner huevos.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—Bien, veamos a la niña —dijo el Secretario de Asuntos Estrambóticos tomándola delicadamente de una oreja—. No temas, niña: el proceso de inversión de fase es indoloro y absolutamente inocuo.

—¡Quiero ir con mi tío! —dijo la niña que ignoraba por completo el significado de las palabras indoloro e inocuo.

El Secretario de Asuntos Estrambóticos hizo caso omiso a las quejas de la niña. Extrajo una caja del tamaño de un paquete de cigarrillos del bolsillo interior de su chaqueta. Un arco iris de cables, siete hilos de diferentes colores, asomaba de uno de los extremos. Los colores de los cables eran: negro, blanco, azul, rojo, verde, amarillo y ceniza. El Secretario de Asuntos Estrambóticos pinchó a la niña con los cables, ubicándolos en sitios estratégicos de su cuerpo. El último fue el rojo, insertado en la nuca, lo que motivó que la pequeña proferiera un grito agudo y comenzara a llorar.

—Es el único que le dolió —se defendió el Secretario de Asuntos Estrambóticos.

—¡No es cierto! —exclamé sin poder reprimir mi furia. El sufrimiento de la criatura estuvo a punto de animarme a suspender la operación, pero la ansiedad por conocer el resultado del experimento me disuadió.

El Secretario de Asuntos Estrambóticos me detuvo con un gesto perentorio y se inclinó para hablar al oído de la niña; ella se calló de inmediato y una sonrisa le inundó la boca. El Secretario levantó la caja que parecía un paquete de cigarrillos (en realidad era un tercio más grande que un paquete de veinte cigarrillos, pero a los efectos de lo que estoy contando la diferencia es irrelevante) y señaló con el dedo índice un dial semejante a un sombrero ranchero en miniatura.

—El estado de la fase de esta pequeña es cero negativo, como todos pueden apreciar observando el indicador. —Nadie podía advertir el estado del indicador, habida cuenta de que nadie estaba a menos de quince metros del mismo, pero lo dimos por cierto para no animar una nueva e infructuosa discusión con el Secretario de Asuntos Estrambóticos. —Ahora procederé a la inversión, tras lo cual la fase pasará, sin que medie lapso alguno, a cero positivo.

Todos los presentes, este Presidente incluido, asistimos a la inversión de fase con la misma fascinada memez con la que un párvulo enfrenta su primera visita al cotolengo de monstruos portentosos.

Erídano

Suplemento de Alfa Erídiani

Nº 4



—¡Abracadabra! —exclamó el Secretario de Asuntos Estrambóticos realizando una especie de complicada reverencia, quizás imitando torpemente a un mago que había conocido en su infancia, recuerdo distorsionado vaya uno a saber por qué avatares—. Le preguntaré a la niña si tiene hambre.

—No —dijo la niña, adelantándose hábilmente a la pregunta del Secretario de Asuntos Estrambóticos.

—¿Cómo podría describirse el estado de la niña?

Me pregunté si la exhibición del Secretario de Asuntos Estrambóticos sería arruinada por una inoportuna declaración de saciedad, demostrando que toda la experiencia era una cuidadosa y artera trampa para incautos, pero no, la niña fue consecuente.

—Estoy llena —dijo; y eructó.

—Como han podido comprobar, señor Presidente, colegas Ministros y Secretarios, hemos logrado transformar, mediante la inversión de fase, el hambre en saciedad. Este genuino, formidable eructo lo prueba fehacientemente.

Un aplauso cerrado coronó el acto del Secretario de Asuntos Estrambóticos, pero él, con una modestia digna de mejores propósitos, detuvo la manifestación de júbilo y pidió silencio.

—Pero si esto se limitara —agregó con voz grave— a convertir el hambre de una niña tan simpática en llana saciedad, habríamos avanzado unos pocos y vacilantes pasos en la dirección deseada. ¿Cuál es nuestro objetivo? ¿Qué motiva esta angustiada, casi desesperada reunión del Gabinete de Crisis? Precisamente: la crisis, señoras y señores colegas. No tenemos un cobre, dijo el Ministro de Hacienda, y seguiremos sin tenerlo aunque apliquemos nuestro sencillo y económico método de inversión de fase a todos y cada uno de los niños y mayores hambrientos de nuestra amada patria. Lo haremos, por cierto, pero no sólo haremos esto; no nos detendremos hasta lograr el objetivo supremo: poner a nuestro país a la cabeza de las naciones del mundo civilizado. Nuestro propósito es usufructuar el producto secundario de la inversión de fase.

Un coro de apagados murmullos acompañó las últimas palabras del Secretario de Asuntos Estrambóticos. El Ministro de Ciencia y Tecnología se comió dos dedos como si fuesen barras de chocolate y el Secretario de Comercio Exterior se cortó las venas con la bayoneta del último soldado de plomo importado de Taiwán. No obstante, no sólo murmullos propalan los

Erídano

Suplemento de Alfa Erídiani

Nº 4



Ministros y Secretarios de mi Gabinete de Crisis. El Ministro de Recursos Naturales no Renovables irguió sus escaso metro y medio y exclamó con voz destemplada:

—¡Usufructo! ¿Cómo puede hablar de usufructo si no tenemos producción, no tenemos crédito para pensar en producir, no tenemos fósforo y potasio en el cerebro en cantidad suficiente para empezar a imaginar cómo conseguir un crédito...

—¡Deténgase! Su inquietud se verá satisfecha tras responder al cuestionario que procederé a efectuarles.

Apoyé los codos sobre la mesa oval y el mentón sobre las palmas de las manos en copa. El asunto se ponía interesante. —Adelante —dije, animando al Secretario a proseguir—. Contestaremos todo lo que esté al alcance de nuestros limitados conocimientos.

—En el centro geométrico de esta niña —dijo el Secretario de Asuntos Estrambóticos mientras le pellizcaba la mejilla y ésta, aunque saciada, emitía un chillido de dolor— había hambre, ausencia de una serie de materias sólidas, etcétera por el estilo. ¿Con qué sencillo término podríamos definir esta carencia?

—¡Nada! —exclamó el Director del Tesoro con cabal conocimiento del significado de la palabra.

—Exacto. Así, podemos convenir en que la niña —la niña puso distancia con el Secretario de Asuntos Estrambóticos dispuesta a evitar otro doloroso pellizco— tenía su interior corporal lleno de nada. Pero eso ocurría antes de la inversión de fase. ¿Y después? ¿En qué se convirtió la nada?

—En todo —se apresuró a cantar la Ministro de Globalización y Dependencia. Lo hizo con tanta vehemencia que sus ojos saltaron de las cuencas y rodaron por la mesa para terminar frente al Ministro de Salud Mental quien los tomó en sus manos, los sopesó y, tras constatar que uno era azul y el otro verde, se los metió en el bolsillo.

—En fin, querida colega; admito que sería fantástico, pero concordemos en que un tanto exagerado. Estábamos hablando de una nada más bien pequeña, la clase de nada que podría caber en el interior de una niña de cuatro o cinco años, por lo que una inversión de fase que lograra convertir esa nada en todo tendría pocas posibilidades de ser creída y respetada. Digamos, entonces, que la nada que había en el interior de la chiquilla se convirtió en al-

Erídano

Suplemento de Alfa Erídiani

Nº 4



go. Esto, que ya sería un logro si nos limitáramos a transitar el territorio de la filosofía, habida cuenta de que ¿quién no estaría feliz de obtener algo de nada?, se agiganta superlativamente si le permitimos deslizarse al ámbito de lo cotidiano, de lo útil y práctico. Algo de nada —repitió paladeando las palabras—. ¿No están ansiosos por saber en qué consiste el algo en que se ha convertido la nada que habitaba el interior de nuestra menuda amiga?

—¡Sí! aulló el coro, casi a pleno. Las naturales excepciones fueron la Ministro de Globalización y Dependencia, que reclamaba sus ojos, a ciegas, tropezando con sillones y ceniceros de pie y el Ministro de Salud Mental, quien aducía haberlos encontrado sobre la mesa, por pura casualidad y que ninguna fuerza del mundo lograría etcétera.

—Bien —dijo el Secretario de Asuntos Estrambóticos, triunfal y vibrante—; les mostraré en qué se convirtió nada al invertir la fase. —Se volvió hacia la niña y tomándola del cuello como a un pollo al que se va a convertir en estofado, hizo tenaza con los dedos, obligándola a abrir la boca unos quince centímetros, lo que no es poco, tratándose de una criatura de no más de cuatro o cinco años. Antes de que la pequeña pudiera reaccionar y sin soltarla, introdujo la otra mano hasta la garganta y más allá. Se produjo, como es habitual en esos casos, una fenomenal arcada; acto seguido el Secretario de Asuntos Estrambóticos retiró la mano, pero no la retiró vacía: entre restos de sustancias cuya descripción desagradaría al más templado de los lectores, todos los presentes pudieron apreciar un brillante huevo luminoso, un huevo que no era precisamente un huevo sino una gema de aproximadamente setecientos ochenta y ocho quilates.

—Oh. —Hasta la Ministro de Globalización y Dependencia y el Ministro de Salud Mental, enzarzados en una feroz disputa por los ojos, suspendieron su tira y afloja para prestar atención a lo que estaba ocurriendo. —¡Oh!

Hubo un segundo, tal vez tres, de sublime parálisis e inmovilidad. Luego, la niña empezó a llorar, tal vez sospechando que estaba siendo víctima de una nueva e injusta incautación; no hablamos ya del consuetudinario abuso que la privaba de alimentos adecuados y educación decente, sino de la torva rapiña que la despojaba de una cuantiosa fortuna. Hasta yo hube de admitir que estábamos reincidiendo en conductas depredatorias distintivas de épocas pasadas. Pero, también acepté, una piedra preciosa de setecientos ochenta y ocho quilates es una piedra preciosa de setecientos ochenta y ocho quilates.

El Secretario de Asuntos Estrambóticos, alzando la gema por encima de la cabeza y moviéndola como un planeta cautivo, la exhibió triunfante. — Este es el producto final del hambre de nuestro pueblo, tras ser procesado

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



e es el producto final del hambre de nuestro pueblo, tras ser procesado por el inversor de fase.

—¿Me permite observarla? —dijo señalando la gema.

—Por supuesto, señor Presidente —dijo el Secretario, y tras limpiar los residuos orgánicos de la superficie del huevo con un pañuelo de lino, me lo depositó en la palma de la mano. Setecientos ochenta y ocho quilates, ni uno menos. La sopesé, la acaricié, confirmando que se trataba de una gema de calidad inmejorable, superior incluso al famoso Koh-i-nohr.

—Señor —protestó con energía el Secretario de Planeamiento Estratégico—. Si sometemos a nuestros treinta y seis millones de hambrientos al proceso de inversión de fase, cuya efectividad ha quedado demostrada tras la magnífica presentación del Secretario de Asuntos Estrambóticos, dos veces por día, siete días por semana, en un mes tendremos quince mil millones de gemas, doce billones de quilates, con lo que habremos saturado de tal modo el mercado de piedras preciosas que cada una no valdrá mucho más que un huevo de gallina, o quizá menos.

—¡Quince mil millones! —exclamó el Ministro de Hacienda, que había llegado al mismo número en el mismo tiempo, aunque impulsado por razones diametralmente opuestas—. Estaremos en condiciones de manejar el mercado de las gemas, desbaratando a los sudafricanos, aventajando a los judíos...

—Podrían usarse en lugar de ojos de vidrio —insistió el Secretario de Planeamiento Estratégico, desilusionado.

—¡Qué idea magnífica! —exclamó la Ministro de Globalización y Dependencia cesando en su puja con el Ministro de Salud Mental—. Se los regalo; quédese los. Quiero dos de esos, aguamarinas, en lo posible, o esmeraldas. —El Ministro de Salud Mental contempló los ojos que tenía en sus manos como si despertara de un largo sueño y los arrojó con asco sobre la mesa. Levantó la mano como si se dispusiera a pedir café en un bar y dijo:

—Le encargo un par de rubíes. ¿Salen a medida o hay que adaptarlos? Mi novia...

El tumulto que se desencadenó a continuación duró sus buenos cinco minutos. Mis esfuerzos por apaciguar los ánimos y sofocar la algarabía fueron inútiles y sólo logré cierta atención tras efectuar dos disparos al aire.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—Calma, señoras, calma señores. —Abarqué a la concurrencia con mi mejor mirada de águila y no desistí en mi férrea postura hasta obtener el adecuado silencio. Luego, dirigiéndome al Secretario de Asuntos Estrambóticos, le ordené: —Consiga el equilibrio entre la producción de gemas y el precio de mercado; algo que le sirva a la nación, una cantidad que sacie el hambre del pueblo, pero al mismo tiempo permita atiborrar de dinero las exhaustas arcas de la Nación.

—Cien mil gemas es un buen número —dijo el Ministro de Hacienda—, casi ochenta millones de quilates, más de lo que producen todos los demás países juntos. ¡Tiembra De Beers!

—¿Quién es ese De Beers? —La pregunta recorrió sinuosamente el espacio, pero nadie logró responderla. Adelanto que el Ministro de Hacienda mantuvo el secreto de De Beers hasta la tumba. No obstante, a los efectos de la historia, esto es irrelevante. Otras peripecias reclamaron nuestra atención casi de inmediato. Mientras nosotros discutíamos la incidencia de una masiva colocación de gemas en el mercado mundial, una ardilla cósmica, moviéndose aceleradamente entre los sillones, aprisionó la gema en sus manos y salió disparada de la sala, no sin antes endilgarnos esta ominosa arenga:

—Mía, mía, mía; la piedra es mía.

Como cualquiera puede haber imaginado, la que parecía una ardilla cósmica era la niña que había sido sujeto de la inversión de fase. Ante el estupor generalizado, desapareció de la vista, eludiendo hábilmente los disparos realizados por los elementos de mi guardia personal. Siempre tiran a matar, los desgraciados. Pero por fortuna tienen mala puntería.

—¡El patrimonio del Estado! —bramó tardíamente el Ministro de Hacienda.

—¡Mi gema! —exclamó el desquiciado Secretario de Asuntos Estrambóticos.

—¿Su gema? —reproché—. ¿Es suya, propia, de usted?

—Perdón —se excusó el Secretario—, disculpe mi desliz; el entusiasmo por el resultado alcanzado obnubiló mi entendimiento. Se había puesto colorado como un rubí, pero no pude dedicarle mayor atención; otros sucesos me reclamaron.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



El Ministro de Defensa y Justicia, que había permanecido en silencio a lo largo de toda la reunión del Gabinete de Crisis, en calzoncillos, revoleando el pantalón por encima de su cabeza y lanzándole insinuantes miradas a la Ministro de Globalización y Dependencia, quien, sin ojos dependía de los buenos oficios de la Secretaria de Esparcimiento Sexual para enterarse de lo que pasaba, se había trepado a la mesa oval y vociferaba:

—¡Conmoción interior! ¡Caos! ¡Desmanes! ¡Saqueos!

El Secretario de Asuntos Estrambóticos, consternado por el desarreglo que había provocado con su demostración, acariciaba el inversor de fase con la metódica paciencia y la sana tristeza con que un peletero acaricia a su nutria favorita unos segundos antes de convertirla en parte de un abrigo.

Una vez más, reclamé silencio utilizando mi pistola.

—Calma, señoras, calma señores. ¡Serénense, carajo! —Alcé las manos y obtuve un relativo silencio—. Pongamos límite a los aspectos anecdóticos de este negocio y centremos nuestra atención en el logro principal: la exitosa inversión de fase. Señor Secretario de Asuntos Estrambóticos, ¿existen posibilidades de realizar otra experiencia?

—¡Por supuesto, señor!

—¿Podríamos utilizar a un adulto? La niña se ha revelado un tanto arisca, casi tanto como un animal salvaje, ¿verdad?

El Secretario de Asuntos Estrambóticos sacudió la cabeza; había previsto la situación desde un principio.

—He reservado para estas circunstancias a un voluntario especialmente hambriento.

—Adelante, entonces.

—Pero hay un pequeño problema, seguramente subsanable.

—Adelante repetí.

—A la luz de los acontecimientos que nos tuvieron por testigos hace instantes, el voluntario exige la firma de un documento en el que conste que se le concede en propiedad el producto de la inversión de fase operada en su humanidad. Es decir, quiere la gema.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—Adelante —repetí nuevamente—, firmemos. No nos volveremos más pobres por una gema más o menos.

—Pero mantengámoslo en secreto —terció el Ministro de Hacienda—; si se corre la voz de que firmamos contratos privados con cada saciado gracias a la inversión de fase, nos veremos en serios aprietos a corto plazo.

—En secreto, en secreto —susurraron Ministros y Secretarios.

—¿Está seguro de que el producto de la inversión de fase es siempre una gema? —En los últimos minutos, una vaga inquietud, casi una premonición, había anidado en mi ánimo. Pero el Secretario de Asuntos Estrambóticos se apresuró a tranquilizarme.

—Noventa y nueve por ciento seguro, señor.

El alentador comentario del Secretario de Asuntos Estrambóticos me inspiró una nueva pregunta, pero el Secretario de Estadísticas y Cálculos se me adelantó.

—Un porcentaje de efectividad notable —confirmó.

—Notable, ¿verdad? —se entusiasmó el Secretario de Asuntos Estrambóticos.

—Procedamos —ordené, temeroso de que las opiniones sobre la notabilidad del cálculo de probabilidades se convirtieran en una interminable polémica. La sesión del Gabinete de Crisis se estaba prolongando en demasía y, si bien no teníamos otros asuntos que atender, no es de buen ver que los funcionarios no sepan poner freno a la profusión de ideas.

El Secretario de Asuntos Estrambóticos movió una caja con forma de ataúd que había estado escondida debajo de la mesa oval; lo hizo con dificultad: era muy pesada. Abrió la tapa y del interior de la caja emergió un hombre de unos treinta años, consumido, casi asfixiado; su aspecto era lastimoso. Parecía el armazón de alambre de un muñeco de espuma de goma. Su sequedad recordaba a la de las ratas que consumidas por el sol del desierto y los ojos, fuera de las órbitas, amenazaban con escapársele del rostro, tal como le había ocurrido a la Ministro de Globalización y Dependencia, aunque con mucha menos gracia. Una ruina, el hombre. Reflexioné acerca del ragú que seguramente tendría el tipo: descomunal, me dije. Menuda gema se obtendría, concluí.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—¿Está listo? —dijo ansioso el Secretario de Asuntos Estrambóticos.

—¿Firmo el Presidente? —dijo el voluntario, desconfiado, con un hilo de voz.

—¿Cómo se atreve? —El Secretario de Seguridad Interior extrajo el arma de la sobaquera y sólo se detuvo cuando efectuó la señal secreta de máxima cautela.

—¿Me permiten verlo? —insistió el hombre, indiferente a las ostentaciones de poder.

Corté de raíz cualquier nueva dilación, indicándole a mi secretaria privada que mostrara el documento al voluntario. —Léalo tranquilo, no hay apuro —declaré con mi mejor expresión de campaña—. Deseamos que se fie de nosotros; aquí no hay gato encerrado. —Entreabré disimuladamente el cajón de la mesa oval y comprobé que el gato seguía en su lugar; el inmundo animal aún jugaba con el ratón que yo le había regalado, prolongando el zarpazo final.

El voluntario se calzó unos anteojos destrozados. Carecían del cristal derecho y el izquierdo estaba rajado; el armazón había sido torpemente reparado con cinta adhesiva. De todos modos saltaba a la vista que no estaban graduados a sus necesidades. El hombre acercó el contrato hasta que el papel tocó la punta de la nariz, y aún así nadie hubiera podido garantizar que lo podía leer. Tampoco que sabía hacerlo.

—¿Todo en orden? —pregunté, condescendiente.

—No lo sé —dijo el voluntario—. La letra chica es ilegible.

—Como siempre —bromeé—. Si viera los contratos que nos hacen firmar los Organismos Internacionales...

—Terminemos con esta farsa —dijo el Secretario de Seguridad Interior.

—Y como ustedes, los políticos —continuó el voluntario, sólo saben mentir...

El Secretario de Seguridad Interior se abalanzó sobre el voluntario con las manos prestas para estrangularlo. Debí recurrir, una vez más, a mis guardias personales, quienes sacaron de circulación al Secretario de Seguridad Interior como si fuese un billete desmonetizado. Recordé los tiempos en que saqué del arroyo al Secretario de Seguridad Interior; había sido represor

Erídano

Suplemento de Alfa Erídiani

Nº 4



de manifestaciones callejeras en los viejos y buenos tiempos de mi juventud. Me despiojé de esos pensamientos y me dirigí a todos los Ministros y Secretarios.

—El ciudadano tiene razón. El pueblo no confía en nosotros. —Le guiñé el ojo al Secretario de Asuntos Estrambóticos, seguro de que el voluntario no captaría el gesto; me equivoqué.

—Con todo respeto, señor Presidente —dijo el hombre, y pareció que sería lo último que dijera en su vida—, yo a ustedes no les creo ni cuando dicen que mañana saldrá el sol.

—Bueno, bueno —dijo el Ministro de Hacienda—. Abreviemos el trámite. Su propiedad sobre el producto de la inversión de fase está garantizada. Aquí dice claramente: *por única vez*. Urge que terminemos con las prácticas experimentales y pasemos de una buena vez a la producción en gran escala. Si se demuestra que podemos, al mismo tiempo, saciar el hambre de la población y generar excedentes exportables, estaremos salvados.

—Y usted no volverá a decir que no hay un centavo en las bóvedas —hostigó la Ministro de Globalización y Dependencia, quien no había pronunciado palabra desde el episodio de los ojos—. Podríamos volver a tener comunicaciones con otros países, hablar por teléfono con Europa, recibir las revistas que se editan en Los Ángeles y Las Vegas...

—Eso es mierda —dijo el Ministro de Salud Mental—. Con ese dinero abríamos nuevos manicomios y hospicios.

El Ministro de Hacienda torció la cabeza, como si con ese movimiento pudiera acomodar alguna vértebra pinzada, y salteando una nueva corrección al asunto de los cobres o centavos de las bóvedas, me contempló, suplicando que diera de una buena vez la orden. Lo celebré íntimamente. Aún cuando del éxito de la última prueba dependiera bastante más que el hambre de todo un pueblo, yo no veía el momento de ir a casa a jugar con mi perra Chi-chi, una pekinesa. —Proceda —le indiqué al Secretario de Asuntos Estrambóticos.

El rito se repitió al pie de la letra, hasta el mínimo detalle. Sólo una salvedad, extrínseca, si se me permite el pleonismo: el voluntario no gritó cuando el cable rojo se introdujo en la nuca. Tampoco fue necesario que el Secretario, una vez completada la inversión de fase, introdujera su mano en la boca del voluntario. Éste hizo una singular contorsión y como resultado de la misma obtuvo un producto de forma ovoide que exhibió sosteniéndolo

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



entre sus dedos. Hubo una exclamación colectiva, a la que ni siquiera yo logré sustraerme: —Oh, oh, oh. —Luego, una salva cerrada a aplausos. El ovoide no brillaba; en rigor a la verdad no parecía una gema. El voluntario lo sostuvo a la altura de su nariz, como si se dispusiera a olerlo; su expresión era grave, circumspecta, reconcentrada. Las exclamaciones y vítores se fueron apagando, mientras el voluntario seguía sosteniendo el producto de la inversión de fase a medio metro de su rostro. El silencio se posesionó del recinto de sesiones. Pronto, la escena pareció congelada, excepto por un leve movimiento del voluntario, quien estiró el otro brazo para sostener el ovoide con ambas manos, como si deseara extremar las precauciones en previsión de un accidente. ¿Un accidente? ¿Qué clase de accidente podría afectar a una gema más que caer al suelo y no romperse, en virtud de la reconocida dureza de estos especímenes minerales? El voluntario no se limitó a esa clase de cuidados: estiró aún más los brazos y frunció la nariz, como si el ovoide olierá mal.

Mucho, mucho después, cuando la inmovilidad de la escena empezaba a proponer eternidad, la Secretaria de Minería lanzó un grito histérico. Todos conocíamos los dones precognitivos de la Secretaria, pero nadie captó el sentido de las cuatro palabras que pronunció a continuación:

—No es una gema.

No es una gema, repetí interiormente. Y si no es una gema, ¿qué es?

—No —dijo el voluntario, no es una gema.

—¿Qué es, entonces? —preguntó el Secretario de Seguridad Interior, a voz en cuello, alarmado.

—Es una granada atómica —dijo el voluntario—. Está activada. Responde a la configuración de mi pauta cerebral; si algo me altera, si algo o alguien me saca del precario equilibrio en el que me han precipitado las penurias y la miseria, estallará.

—¿Es posible? —balbuceé, aturdido y trastornado. No supe qué más decir. Busqué la mirada del Secretario de Asuntos Estrambóticos, pero éste se había escondido debajo de la mesa oval. —Seguridad y eficacia: noventa y nueve por ciento —dije con sorna—. ¿Me puede explicar cómo lo hizo?

Por primera vez, el voluntario sonrió; fue poco más que una mueca, pero yo capté la intención.

Erídano

Suplemento de Alfa Erídiani

Nº 4



—Es el maldito veneno, señor Presidente —dijo el voluntario—, el veneno que circula por mis venas. La niña es inocente, cree que la maldad es el pellizco, entiende el atropello, pero no la perfidia. Recién ha comenzado a destilar las sustancias ponzoñosas que fluirán, gota a gota, vileza por vileza, ultraje por ultraje, abuso por abuso durante todo el resto de su vida. ¿Puede imaginar treinta años de indignancia? ¿Cincuenta de miseria? ¿Puede percibir el dolor? Dolor, señor Presidente, extremo dolor, tristeza, padecimiento. ¿Entiende? Cada uno de esos sentimientos, no el simple y digno hambre, sino el odio y la amargura, el asco y el resentimiento, la furia y la angustia, operan sobre el organismo, proporcionando las maléficas sustancias que los pobres llevamos en el cuerpo, desde la infancia hasta la tumba. La gema es esta granada. Una gema venenosa y purulenta. Este es el producto de la inversión de fase en alguien como yo. Cuando lo hagan en gran escala tendrán que correr el riesgo. Tal vez algunos den gemas, pero la mayoría darán productos como éste. —El voluntario separó una mano de la granada y la apuntó con un dedo. Las gargantas de los Ministros y Secretarios ahogaron una exclamación de horror. Yo también. —Prepárense para volar todos por el aire.

Contuvimos la respiración. Pero no por nada soy el Presidente. Me rehice y atacué.

—¿Excepto?

—¿Cómo dice, señor Presidente? —El voluntario pareció vacilar por primera vez.

—Excepto que nos dobleguemos ante su maniobra extorsiva —dijo con voz temblorosa—. El monto. Diga con qué succulenta suma compramos su silencio sobre lo que ha ocurrido en esta sala de sesiones y recuperamos la granada atómica con la que nos está amenazando.

—Se equivoca, señor Presidente. Yo no tengo precio y usted no tiene dinero. Escuché las lamentaciones vertidas cuando esperaba mi turno dentro de la caja. Sé que no hay un céntimo en las arcas, que el tesoro está exhausto.

—Un cobre —dijo el Ministro de Hacienda, por enésima vez, exasperado.

—Ya sé lo que dijo. Traté de no repetir sus palabras para no ser redundante; el sentido es el mismo.

Erídano

Suplemento de Alfa Erídiani

Nº 4



—¿Qué piensa hacer? —dije. Mis palabras pusieron de manifiesto la gran tensión que me embargaba.

—Me gustaría permanecer así, para siempre —dijo el voluntario—, obligarlos a esta suerte de parálisis artificial, con el agujero del culo bien frunciendo.

Busqué con la mirada al Secretario de Seguridad Interior, pero al punto recordé que lo había desmonetizado. Uno de mis guardias personales, sin mover un músculo facial, casi telepáticamente, me transmitió la noticia de que una brigada de tiradores infalibles tenía al voluntario en la mira. Si yo pronunciaba las palabras mágicas la cabeza del tipo sería convertida en queso gruyere antes de que la orden mental lograra detonar la granada atómica. Cuales son las palabras mágicas, susurré utilizando el mismo método, aunque con mucha menos habilidad. El guardia dijo qué. Cuales son las palabras mágicas, insistí, alzando una décima el volumen de mi proyección telepática. Ah, dijo el guardia. La pobreza es muy triste. No, dije; esto debe terminar sin que sea derramada una sola gota de sangre.

—Señor Presidente —dijo el voluntario estirando el cuello—, sé que una brigada de tiradores infalibles me tiene en la mira. Usted supone que si pronuncia las palabras mágicas mi cabeza será convertida en queso gruyere antes de que la orden mental logre detonar la granada atómica. Eso cree, por lo menos. No funcionará. Le garantizo una carnicería horripilante. Mi orden llegará antes que la suya. La primera bala completará la secuencia y este edificio será volatilizado y todos nosotros desapareceremos de la faz de la tierra.

—¿Qué propone? dije. ¿Tiene alguna idea para destrabar la situación?

—Sí. Permita que nosotros manejemos los inversores de fase. Eliminaremos el hambre y les entregaremos la mitad de las gemas. Es un buen trato para todos.

—¡Números! —exclamó el Ministro de Hacienda.

—Sabe que es imposible —argumenté—. ¿Cómo evitaríamos que el precio de las piedras se fuera a pique con una fuerza irracional como ustedes operando en el mercado?

—¿Nosotros una fuerza irracional? —Una risa áspera, interrumpida por un asimétrico acceso de tos, coronó esas palabras. —Si nosotros somos irra-

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



cionales ustedes son... son... son... —No logró hallar una expresión adecuada. Hice caso omiso al exabrupto.

—Propongo el siguiente trato —dijo el Ministro de Hacienda—: Conservamos el monopolio de los inversores de fase, destruimos el noventa por ciento de las gemas y les devolvemos en obras el excedente de la exportación.

—¿A eso llama un trato? —El voluntario agitó la granada como si se tratara de un sonajero. —Nos han venido engañando con tratos como ese desde Adán y Eva, y jamás se han detenido.

Alcé la vista al techo. Entre las molduras y el artesonado anidaban algunas familias de murciélagos. Nuevamente tablas, pensé.

En ese preciso momento, el Primer Ministro, que había permanecido en silencio desde el comienzo de la reunión del Gabinete de Crisis, pegó un salto y se encaramó a la mesa oval. Estaba calzado con botas siete octavos, advertí. No sabía, y no sé ahora, cuando todo ha pasado, qué significado se le puede atribuir a tal detalle, pero allí estaba: el Primer Ministro, encaramado a la mesa oval, calzado con botas siete octavos. Cuando apoyé las manos sobre la mesa para incorporarme, el Primer Ministro me pisó los dedos, abortando mi intento por intervenir, mientras un aullido de dolor pugnaba por liberarse en la punta de mi lengua.

—Aunque el precio a pagar —dijo el Primer Ministro— fuera la vida de todos nosotros, no existe la más mínima posibilidad de que permitamos que los inversores de fase caigan en manos de la chusma inculta y bestial. —Habla con calma, aunque lo hacía manteniendo la presión de su bota sobre mis nudillos, pisándolos como se pisa una colilla de cigarro. Un hilo de saliva se le escurrió por el mentón, y una lágrima roja bajó por su mejilla.

—Lo dicho —respondió el voluntario—: aún teniendo la solución al alcance de la mano, una solución original y efectiva, prefieren el suicidio antes que aceptar a un solo desgraciado asomando su cabeza por encima de la superficie del mar de mierda.

—¡No lo haga! —gritó el Secretario de Asuntos Estrambóticos, advirtiendo que junto con su vida se iba el prototipo del inversor de fase.

—¡No lo haga! —grité yo, con lágrimas en los ojos. El Primer Ministro me fulminó con la mirada, pero no aflojó la presión.

Erídano

Suplemento de Alfa Eridiani

Nº 4



—Sí, lo haré —dijo el voluntario—. Aunque llegáramos a un acuerdo, como el escorpión, serían incapaces de dominar el instinto asesino y terminarían picando mortalmente a los que los ayudan a cruzar el río. No se puede confiar en ustedes. —Completó la secuencia y la granada explotó.

Al día siguiente tampoco salió el sol.